Marzo de 1982
Número 3
Año 28

Liahona

GM
M205.5
L696 sSP
v.28
1982

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Marzo de 1982
Número 3
Año 28

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell.

Asesores: M. Russell Ballard, Loren C. Dunn, Rex D. Pinegar, Charles A. Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Editor: M. Russell Ballard – **Editor Gerente:** Larry A. Hiller – **Editor Asistente:** David Mitchell – **Sección Niños:** Bonnie Saunders – **Montaje y Diseño:** Roger B. Gylling – **Producción:** Norman Price.

Responsable de la traducción: Raquel R. V. Tokarz, Departamento de Traducción, 50 East North Temple, Salt Lake City, Utah, 84150, EE. UU.

Responsable de las páginas locales: Betty Ventura, Mariano Cubí 5, 1º, 1ª, Barcelona.

INDICE

Orad siempre, *Spencer W. Kimball* 1
Preguntas y respuestas 9
Cuando el amor transforma el deber, *J. Spencer Kinard* 11
Jesús el Cristo, *Edwin Brown Firmage* 12
La perseverancia de nuestro maestro orientador, *Martine Bates* 20
El cumplimiento de una bendición, *Deris Jan Stokes* 21
Al sobrevenirnos peligros, *Kathy Wilcox* 23
La empresa más importante, *Derek A. Cuthbert* 25
La sabiduría de mi abuela, *Colleen Riley* 34
"Y probadme ahora . . .", *Scot R. Meyers* 36
Ethel, Susan H. Aylworth 38
Esta es su sección 39
Súplica, *Olivia Rojas O.* 43
¡Tú Maestro!, *César A. Guerra* 45

Para los niños

De amigi a amigo 1
La herencia, *Betty Lou Mell* 4
Para tu diversión 8

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1982 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/nº, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PB MA 0438 SP

Orad siempre

por el presidente Spencer W. Kimball

Nuestro Padre Celestial desea que todos obtengamos el conocimiento personal de que El oye y contesta nuestras oraciones. Siempre me he sentido conmovido con respecto al poder y las bendiciones de la oración, por lo que agradezco a mi Padre Celestial y a mis queridos padres y maestros que me enseñaron por medio de la palabra y el ejemplo lo que es la oración justa y sincera.

Estoy seguro de que si oramos ferviente y honradamente, solos y junto con la familia, antes de acostarnos por la noche, después de despertar por la mañana, y a la hora de la mesa para bendecir los alimentos, no sólo formaremos una relación más estrecha entre nuestros seres queridos sino que por medio de la comunicación que estableceremos con nuestro Padre Celestial, po-

dremos progresar espiritualmente.

Todos necesitamos su ayuda cuando nos esforzamos por aprender y vivir las verdades del evangelio. Necesitamos su dirección para tomar las decisiones importantes de nuestra vida, en los estudios, el matrimonio, los empleos, para elegir el lugar de residencia, en la crianza de nuestras familias, en el servicio mutuo en la obra del Señor. Buscamos y suplicamos su perdón, guía continua y protección en todo lo que hacemos. La lista de nuestras necesidades es real, larga y sincera.

Cuando años atrás viajaba por las estacas y misiones de la Iglesia, conocía a menudo a personas con problemas o con grandes necesidades. La primera pregunta que les hacía era: "¿Cómo van vuestras oraciones? ¿Cuán a menudo oráis? ¿Hasta qué punto se encuentran vuestros pensamientos sumidos en la oración?" He observado que, por lo general, el pecado ocurre cuando se han eliminado las líneas de comunicación. Por esta razón el Señor dijo al profeta José Smith:

"Lo que digo a uno lo digo a todos; orad a todo tiempo, no sea que aquel inicuo logre poder en vosotros." (D. y C. 93:49.)

Fue el Maestro quien nos enseñó a orar cuando dijo:

"De esta manera, pues, orad: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

Sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo.

Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal.

Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, para siempre. Amén." (3 Nefi 13:9-13.)

Es mucho lo que podemos meditar acerca de estos principios, ya sea sobre nuestra actitud, sobre el amor que sentimos por Sus propósitos, el amor hacia nuestros semejantes o la manera en que demostramos que nuestra fe y nuestra vida están en el camino correcto. Si nosotros, en unión, procuramos aprender estos principios básicos, nos hallaremos preparados para progresar espiritualmente y mejorar nuestro entendimiento respecto a la oración.

Al unirnos en oración, ya sea en el hogar, en la Iglesia, o en reuniones sociales o públicas, debemos recordar el propósito de nuestras oraciones: el de comunicarnos con nuestro Padre Celestial. He descubierto que cuando oramos con otras personas, es mucho mejor, por difícil que parezca, tratar de que nuestra actitud se vuelque hacia una comunicación amorosa y sincera con Dios, en vez de preocuparnos por lo que nuestros oyentes puedan pensar. Por supuesto, debemos considerar dónde y con quiénes oramos, y ésa es una razón por la cual las oraciones públicas y aun las familiares no pueden representar la totalidad de nuestra comunicación con Dios.

Sin embargo, en el círculo familiar, nuestros hijos aprenderán a hablar con su Padre Celestial al oír

que los padres lo hacemos, y pronto verán hasta qué punto son sinceras y honestas nuestras oraciones. Si éstas son rápidas y tienden a parecer ritualísticas, los niños pronto se percatarán de ello. Es mejor que personalmente y en forma familiar hagamos tal como Mormón, cuando suplicó:

"Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones." (Moroni 7:48.)

Hay ciertas cosas por las que es aconsejable orar privadamente. La oración que se ofrece en soledad es de un rico valor y gran beneficio. El solo hecho de orar a solas nos ayuda a despojarnos de la vergüenza, la pretensión y cualquier dejo de engaño; nos ayuda a abrir el corazón y a ser completamente honestos a medida que expresamos todas nuestras esperanzas y sentimientos.

Hace mucho tiempo que descubrí la necesidad que existe de tener un lugar privado donde ofrecer nuestras oraciones personales. El Salvador a veces necesitaba irse a las montañas o al desierto para orar. Asimismo, el apóstol Pablo fue al desierto para comunicarse con Dios. José Smith encontró su lugar a solas en el bosque donde únicamente los pájaros, los árboles y Dios pudieran escuchar su súplica. Debemos observar algunos puntos importantes en este relato:

"Por consiguiente, de acuerdo con esta resolución mía de recurrir a Dios, me *retiré* al bosque para hacer la prueba . . . Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar *vocalmente*. (José Smith—Historia 14; cursiva agregada.)

Nosotros también debemos encontrar, siempre que sea posible, un cuarto, un rincón, un lugar donde podamos "retirarnos" y "orar vocalmente" en secreto. Recordemos las muchas veces que el Señor nos ha instruido a que oremos de esta manera:

"Y además, te mando que ores vocalmente así como en tu corazón; sí, ante el mundo como también en secreto; así en público como en privado." (D. y C. 19:28.)

Este principio es tan esencial para nuestras oraciones y para nuestra vida personal religiosa que el Señor mandó que los poseedores del sacerdocio deberían ". . . visitar la casa de cada miembro, exhortándolos a orar vocalmente así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares". (D. y C. 20:51.)

Y ¿qué es lo que debemos decir en nuestras oraciones? Debemos expresar gozo y gratitud sincera por nuestras bendiciones pasadas. El Señor ha dicho:

"Y habéis de dar gracias a Dios en el Espíritu por cualquier bendición con que seáis bendecidos." (D. y C. 46:32.)

Nos invade un maravilloso espíritu de certidumbre cuando expresamos gratitud sincera a nuestro Padre Celestial por nuestras bendiciones, por el evangelio, por el conocimiento que de él tenemos y el

privilegio de haberlo recibido, por todo lo que nuestros padres y demás personas hicieron por nosotros, por nuestras familias y amistades, por las oportunidades que se nos presentan, por nuestra mente y cuerpo y vida, por aquellas experiencias que nos ayudan a progresar en el curso de nuestra vida, por toda la ayuda de nuestro Padre, por sus bondades y las oraciones contestadas.

Podemos orar por nuestros líderes. Pablo escribió:

"Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres;

por los reyes y por todos los que están en eminencia . . ." (1 Timoteo 2:1-2.)

Si oramos así, desarrollaremos lealtad por nuestro país y por las leyes justas que nos gobiernan. También desarrollaremos amor y fe por nuestros líderes de la Iglesia, y nuestros hijos llegarán a respetarlos, ya que difícilmente podremos criticarlos si ofrecemos oraciones sinceras por ellos. Es un gozo para mí el hecho de que toda mi vida he apoyado a mis líderes y orado por su bienestar. En los últimos años he sentido una gran fuerza descender sobre mí a causa de este tipo de oraciones que los santos hacen elevando sus súplicas al cielo para pedir por mi bienestar.

La obra misional mundial debe ser objeto constante de nuestras oraciones. Oramos para que se abran las puertas de las naciones y puedan recibir el evangelio; oramos para que existan oportunidades y guía divina

"Expresamos gratitud sincera . . . por aquellas experiencias que nos ayudan a progresar en el curso de nuestra vida."

y así compartir las gloriosas nuevas del evangelio con otros. El niño que ora toda su vida por la causa misional llegará a ser buen misionero.

Oramos por aquellos que se sienten frustrados, por los desequilibrados, por los enfermos y necesitados, por los pecadores. Oramos por aquel a quien consideramos un enemigo, al recordar el consejo hermoso pero a la vez enérgico de nuestro Señor:

"Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen;

bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian." (Lucas 6:27-28.)

¿Puede alguien tener un enemigo por mucho tiempo cuando ora por aquellos que le rodean y por los cuales pueda tener sentimientos negativos?

Oramos para tener sabiduría, juicio y entendimiento. Oramos pidiendo protección cuando estamos en peligro, y para tener fuerza en momentos de tentación. Recordamos a nuestros seres queridos y a nuestras amistades en oración. Pronunciamos oraciones impremeditadas en palabras o en pensamientos, en voz alta o en el más profundo silencio. Siempre tenemos una oración en nuestro corazón para lograr éxito en los quehaceres diarios que emprendemos. ¿Puede alguien hacer el mal cuando invaden su corazón y surgen de sus labios oraciones sinceras?

Oramos por nuestro matrimonio, nuestros hijos y vecinos, por nuestras labores, nuestras decisiones, nuestras asignaciones eclesiásticas, nuestro testimonio, nuestros sentimientos, nuestras metas. De hecho, aceptamos el gran consejo de Amulek y oramos por misericordia, oramos por nuestros empleos, por nuestros hogares y contra el poder de nuestros enemigos. Clamamos "contra el diablo, que es el enemigo de toda justicia", y clamamos por las cosechas de nuestros campos. Y cuando no clamamos al Señor, dejamos que "rebosen" nuestros "corazones, entregados continuamente en oración a él por" nuestro "bienestar, así como por el bienestar de los que" nos rodean (véase Alma 34:18-27).

Pero, ¿es la oración sólo una comunicación de nuestra parte? ¡No! Una razón que nos aclara por qué "del alma es la oración, el medio de solaz" (*Himnos de Sión*, 129) es que éste es un privilegio que no consiste sólo en el hecho de poder dirigirnos a nuestro Padre Celestial, sino también de poder recibir cariño e inspiración de El. Al concluir nuestras oraciones, necesitamos escuchar intensamente, aun hasta el punto de tener que esperar varios minutos. Hemos orado suplicando consejo y ayuda, y ahora debemos estar "quietos y conocer que El es Dios" (véase Salmo 46:10).

Y ¿qué lenguaje usará el Señor para respondernos? Por medio del profeta José Smith, el Señor aconsejó a Oliverio Cowdery, quien tenía dudas con respecto a una respuesta a sus oraciones:

"De cierto, de cierto te digo: Si deseas más testimonio, piensa en la noche que me imploraste en tu cora-

zón, a fin de poder saber tocante a la verdad de estas cosas.

¿No hablé paz a tu mente en cuanto al asunto? ¿Qué mayor testimonio puedes tener que de Dios?" (D. y C. 6:22-23.)

Poco después el Señor nuevamente instruyó a Oliverio Cowdery por medio del profeta José Smith:

"Debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien.

Más si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que te sobrevendrá un estupor de pensamiento . . ." (D. y C. 9:8-9.)

El aprender el lenguaje de la oración es una experiencia gozosa que perdura toda la vida. A veces las ideas nos vienen a la mente al detenernos a escuchar después de haber orado. A veces nos invaden sentimientos y un espíritu de tranquilidad que nos asegura que todo marchará bien. Pero siempre, si hemos sido sinceros y honestos en nuestra súplica, tendremos un bello sentimiento, un sentimiento cálido por nuestro Padre Celestial y la sensación de que El nos ama. Me ha entristecido notar que algunos de nosotros no hemos aprendido el significado de ese cálido sentimiento espiritual, ya que éste nos indica que nuestras oraciones han sido escuchadas. Y ya que nuestro Padre Celestial nos ama con un amor mayor aún que el que sentimos por nosotros mismos, significa que podemos tener confianza en su bondad, que podemos contar con El; significa que si continuamos orando y viviendo correctamente, la mano de nuestro Padre nos guiará y bendecirá.

De manera que en vuestras oraciones decid, "Sea hecha tu voluntad", con verdadera sinceridad. No pedimos consejo a un líder para después desatenderlo; ni debemos pedir bendiciones del Señor, para luego despreciarlas. Por lo tanto, decid: "Sea hecha tu voluntad, Señor. Tú, bondadoso Padre, sabes lo que es más conveniente. Aceptaré y seguiré tu guía de corazón."

Hacemos esto porque las Escrituras nos recuerdan que en ocasiones podemos "pedir mal" (Santiago 4:3), o pedir lo que no es conveniente (véase D. y C. 88:65), o pedir algo que no es "justo" (véase 3 Nefi 18:20). Sin embargo, aun en esto, nuestro Padre Celestial es un padre amoroso, y el Maestro así nos lo enseñó:

"¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? . . .

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lucas 11:11, 13.)

¡Es tan grande el privilegio y el gozo de orar a nuestro Padre Celestial, tan grande la bendición que tenemos! Sin embargo, el propósito de la oración no acaba después que la concluimos. Amulek enseñó muy correctamente:

"Y he aquí, amados hermanos

míos . . . si después de haber (orado) despreciáis al indigente y al desnudo, y no visitáis al enfermo y afligido, si no dais de vuestros bienes, si los tenéis, a los necesitados, os digo que si no hacéis ninguna de estas cosas, he aquí, vuestra oración es en vano y no os vale nada, y sois como los hipócritas que niegan la fe." (Alma 34:28.)

Es importante que nunca olvidemos que debemos vivir el evangelio con tanta honestidad y sinceridad como oramos.

Si así lo hacemos, las bendiciones del cielo serán nuestras. Nuestras oraciones reflejarán la verdad que nos rodea, y en nuestra completa honradez de palabra y hechos con nuestro Padre, encontraremos en nuestro ser la capacidad de buscar su ayuda, especialmente su perdón, con toda sinceridad, a medida que nos arrepentimos y demostramos que vivimos tan justamente como oramos.

Siempre me ha gustado el relato de Enós, una persona con grandes imperfecciones. Se había descarriado, ya que como todos nosotros, él tampoco era perfecto. No sé cuán pecaminoso puede haber sido su pasado, pero escribió: "Os diré de la lucha que tuve ante Dios, antes de recibir la remisión de mis pecados".

Su relato es muy gráfico y sus palabras impresionantes:

"Salí a cazar bestias en los bosques . . ."

Pero no cazó animal alguno. Estaba escudriñando su propia alma, buscando, llamando, pidiendo, rogando. Estaba naciendo otra vez. Tal vez antes se había conformado con vivir entre la maleza toda su vida, pero entonces estaba en búsqueda de un jardín. Continúa diciendo:

". . . y las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente."

Los recuerdos de su vida pasada se abrieron paso en su memoria, y su alma se agitó cuando cálidamente se sintió influenciado por las imágenes que las palabras de su padre habían proyectado en su ser.

"Y mi alma tuvo hambre . . ." Se apoderaba de Enós el espíritu del arrepentimiento. Sentía remordimiento y estaba ansioso por enterrar al hombre pecador que era y resurgir como un hombre de fe, un hombre de Dios.

". . . y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a él con potente oración y súplica por mi propia alma . . ."

Se dio cuenta de que nadie puede ser salvo en sus pecados, que ninguna cosa impura puede entrar en el reino de Dios; se dio cuenta de que debe haber una purificación, y debe existir un nuevo corazón dentro de un hombre nuevo.

Sabía que no era una pequeñez o cosa de poca importancia y escribió:

"Y clamé a él todo el día."

No fue ésta una oración común, con frases triviales y repetidas. Los minutos se convirtieron en horas, y cuando el sol ya había caído, aquella añorada liberación aún no había llegado, porque el arrepentimiento no

es una sola acción, ni tampoco es el perdón una dádiva por la cual no se requiere empeño. Tan preciosa fue para Enós esta comunicación con Dios, que su alma continuó determinadamente sin cesar:

"Sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos."

Y después de llorar amargamente, después de haber hecho un convenio sincero, después de haber mostrado con toda seguridad la integridad de su súplica, la voz del Señor vino a Enós diciendo:

"Tus pecados te son perdonados, y serás bendecido." (Enós 1:1-5.)

¡Qué bendición y qué gozo sería que todos nosotros supiéramos que nuestro Padre vive y que nos ama, que nos perdona cuando nos arrepentimos y que siempre está listo para ayudarnos y brindarnos su amor!

Después de haber orado toda mi vida, yo sé del amor, la fortaleza, y el poder que se reciben de la oración sincera y honrada. Yo sé lo dispuesto que está nuestro Padre para ayudarnos en nuestra experiencia mortal, para enseñarnos, dirigirnos y guiarnos. Así, con gran cariño, fue que nuestro Salvador dijo:

"Lo que digo a uno lo digo a todos." (D. y C. 93:49.)

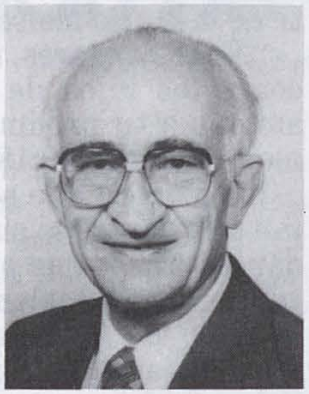
Si así lo hacemos, obtendremos el conocimiento personal de que nuestro Padre Celestial verdaderamente oye y contesta nuestras oraciones. Este conocimiento es el que El desea que todos logremos. ¡Buscadlo, mis amados hermanos y hermanas! ¡Buscadlo!

Ideas para los maestros orientadores

1. Relate una experiencia personal con respecto a la oración. Pídales a los miembros de la familia que compartan experiencias o sentimientos personales al respecto.
2. ¿Ha encontrado en este artículo algún pasaje de Escritura o cita que la familia pueda leer en voz alta, o algún pasaje adicional que usted desee compartir con ella?
3. ¿Por qué es tan importante el conocimiento personal de que nuestro Padre Celestial oye y contesta nuestras oraciones? ¿Causa esto alguna diferencia en nuestra vida?
4. Explique varias maneras en que la familia puede mejorar sus oraciones personales y públicas.
5. ¿Sería esta lección más eficaz si se hablara con el cabeza de familia antes de realizar su visita regular?

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia.



Ermel J. Morton, Patriarca de la Estaca Este de Rexburg, Idaho, E.E.U.U.

No comprendo el mandato del Antiguo Testamento que dice "ojo por ojo, diente por diente" (Exodo 21:24). ¿Por qué dio el Señor una ley tan vengativa a los hijos de Israel?

Es muy interesante comprender que este pasaje *no* tiene el significado de venganza y represalia. De la manera que el Señor lo usó en el Antiguo Testamento, la frase es una metáfora que significa "a semejanza". Esta idea la expresa Pablo brevemente cuando dice: "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gálatas 6:7).

En la época del Antiguo Testamento, la idea de "ojo por ojo" se dio como un principio para guiar a los jueces, a fin de que sus juicios fueran justos y de que las personas no se tomaran represalias en forma individual.

Alma explicó a su hijo Coriantón que el principio activo es la restauración:

"El significado de la palabra restauración es volver de nuevo mal por mal, o carnal por carnal . . . bueno por lo que es bueno, recto por lo que es recto . . ." (Alma 41:13.)

O, como lo dijo el Salvador en el Sermón del Monte: "Con la medida con que medís, os será medido" (Mateo 7:2).

En el juicio final, ojo será restaurado por ojo, diente por diente, caridad por caridad, bondad por bondad

e, impresionantemente, mal en la otra vida por el mal cometido en ésta.

Cuando el Salvador dio el Sermón del Monte, citó la ley del "ojo por ojo, y diente por diente", y luego añadió:

"Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra." (Mateo 5:38-39.)

Al decir esto, el Señor no estaba desmintiendo el principio de la justicia divina que había dado a Moisés en Sinaí; más bien, estaba objetando las enseñanzas de los escribas y los fariseos de su época, quienes interpretaban equivocadamente el significado de las Escrituras. En vez de dejar que los juicios quedaran en manos de aquellos que tenían autoridad, interpretaban el principio de "ojo por ojo" como una justificación para tomar la venganza personal en cualquier lugar o momento en que se les hiciera daño o se sintieran insultados.

Los hijos de Israel habían recibido un mandamiento específico como parte de la ley de Moisés:

"No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo." (Levítico 19:18.)

De manera que se les prohibía no tan sólo vengarse sino también guardar un rencor que pudiera llevar a la represalia. Su deber era el de amar, dejando la justicia en manos del Señor. (Véanse Deuteronomio 32:35; Salmo 94:1.)

Vemos así que cuando el Señor, en el Sermón del Monte, enseñó al pueblo a que no buscara venganza, simplemente estaba repitiendo un principio que había dado por medio de Moisés, y procuraba eliminar la tradición de enseñanzas incorrectas que se habían alejado de dicho principio.

Es sumamente importante que, temprano en nuestra vida, decidamos cuáles son las cosas que haremos y cuáles no. Mucho antes de llegar al momento de encararnos con la tentación deberíamos haber tomado ya la determinación de resistir a la atracción de un cigarrillo, de una bebida alcohólica o de un acto de inmoralidad, en fin, de todo aquello que nos prive de la compañía del Espíritu del Señor. Todos tenemos debilidades y tentaciones distintas, y deberíamos examinar nuestra vida para averiguar cuáles son y cuándo debemos ponernos una armadura extra, a fin de poder hacer lo justo y no rendirnos a la tentación.

Presidente N. Eldon Tanner

Cuando el amor transforma el deber

por J. Spencer Kinard

La mayoría de las veces actuamos pensando en nuestro sentido del deber. Pagamos nuestras deudas, obedecemos las leyes de tráfico aun cuando nos encontremos apurados, somos puntuales y cumplimos con nuestro horario en el trabajo, y lo hacemos así porque sentimos que tal es nuestro deber. Asimismo, muchos consideramos que obedecer a Dios es algo similar, que representa un deber. Nos preocupamos porque pensamos que El nos está viendo y está esperando que hagamos algo mal para castigarnos por nuestra desobediencia. A pesar de todo, hacemos aquello que consideramos lo correcto, tal como leer las Escrituras cuando ansiamos leer una revista, obligarnos a pagar los diezmos y ofrendas aunque para hacerlo tengamos que apretar los dientes con resolución, y luego sentirnos satisfechos de poseer lo que consideramos ser atributos cristianos.

Y, por supuesto, el deber tiene su lugar. Lo admiramos por ser lo que es: un maestro maravilloso, algo así como una campana que nos despierta de nuestro dormir, una vara que nos recuerda que la vida se extiende más allá de nuestras pequeñas pasiones. Así como los niños que prefieren jugar al aire libre antes que estudiar aritmética, nosotros también—tal vez muy a menudo—necesitamos que el deber nos motive hacia un nivel de mayor excelencia.

Pero no permitamos que jamás nos ciegue la creencia de que el deber, por sí solo, es suficiente para transformar nuestro corazón y dirigirnos nuevamente a la presencia de Dios; es algo muy débil para poder iluminar ese sendero. En determinado momento, el amor debe transformar el deber así como la luz del sol transforma una poza de hielo. Debemos obedecer al Señor no tan sólo porque le tememos, ni porque pensamos que es correcto, sino sobre todo, porque le amamos y ansiamos servirle. Ansiamos ser como El, que es el alma de nuestros ideales más sublimes y de nuestros sentimientos más profundos.

No es por casualidad que el Señor dijo: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia" (Mateo 5:6). El hambre y la sed son palabras que nos hablan de algo pujante dentro de nuestras necesidades como humanos.

Como dijo un escritor: "Nada es tan real para nosotros como el hambre". El amor es otra palabra que expresa ese vigor y esa pasión que sobrepujan las barreras que la razón impone y que nos motiva más que ninguna otra fuerza.

Sí, el Señor aceptará nuestras acciones aun cuando nacieron del deber y nos bendecirá por ellas, pero comprendamos que existe algo más. Es el amor lo que inspira una sinfonía o una obra de arte. Es el amor lo que lleva a un padre al lado de su pequeñito. Y asimismo es el amor, y sólo el amor, lo que nos puede llevar de regreso al lado del Señor.

JESUS el CRISTO

por Edwin Brown Firmage

Hace algunos años, mientras asistía a un almuerzo, me senté junto a un joven abogado sumamente capaz y perceptivo. Había llegado a conocer bastante bien a aquel joven; sabía que era miembro de una iglesia cristiana y él sabía que yo era mormón activo.

Después de cruzar algunas frases sin importancia, empezó a hacerme algunas preguntas serias, la primera fue:

—La Iglesia Mormona ¿es cristiana?

Después agregó que esta pregunta era de carácter más teológico que moral, y que lo que deseaba era entender el papel que Jesucristo tiene en la teología mormona.

Al principio, este tema tan amplio me apabulló. Al quedarme en silencio para poner en orden mis pensamientos y formular la respuesta, comprendí que la explicación del papel que tiene el Salvador en las creencias mormonas tendría que comenzar en un punto muy anterior al ministerio terrenal de Jesucristo. Finalmente, le contesté a mi amigo dividiendo éste en doce misiones de Jesús el Cristo.

Primero, le expliqué en términos breves nuestra creencia en la naturaleza eterna del hombre, parafraseando y explicando varios versículos de

la sección 93 de Doctrina y Convenios, en donde aparecen las palabras de Jesús al profeta José Smith con respecto a la naturaleza eterna de la inteligencia del hombre:

"Yo estuve en el principio con el Padre, y soy el Primogénito;

vosotros también estuvisteis en el principio con el Padre . . .

También el hombre fue en el principio con Dios. La inteligencia, o la luz de verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser.

He aquí, esto constituye el albedrío del hombre . . ." (D. y C. 93: 21, 23, 29, 31.)

Segundo, le describí el gran concilio que se llevó a cabo en los cielos, en el cual todos los hijos del Padre Celestial se reunieron para enterarse de Sus planes a fin de llevar adelante nuestro desarrollo eterno. Jesús fue el defensor del plan que aseguraba el albedrío del hombre como inherente en el concepto de que los seres poseen una existencia increada y eterna. Lucifer quería alterar el plan y eliminar el libre albedrío del hombre. (Véase Moisés 4:1-3.)

Tercero, analizamos la misión de Jesús como Creador de éste y de otros innumerables mundos a fin de llevar a cabo el plan del Padre, lo cual fue aceptado por la mayoría de sus hijos. Le cité las siguientes palabras de la gran visión que se le manifestó a Moisés:

"Y las he creado con la palabra de mi poder, que es mi Hijo Unigénito, lleno de gracia y de verdad.

Y he creado incontables mundos, y también los he creado para mi propio fin; y por medio del Hijo, que es mi Unigénito, los he creado." (Moisés 1:32-33.)

Este punto de vista, relacionando a Jesús con el universo entero, era completamente nuevo para mi amigo, y lo dejó profundamente impresionado.

La siguiente misión de Jesús, aunque conocida y predicada en la Iglesia de los primeros días, también era desconocida para mi amigo. Le expliqué que Jesús era Jehová, el Dios del Antiguo Testamento, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el que le dio la ley a Moisés. Jesús mismo le explicó esto al profeta José en el Templo de Kirtland (D. y C. 110:1-4), y mucho antes había hablado de esa misión suya a los nefitas:

"He aquí, soy yo quien di la ley, y soy él que hizo convenio con mi pueblo Israel; por tanto, la ley se cumple en mí, porque he venido para cumplir la ley; por tanto, ha cesado." (3 Nefi 15:5.)

Este aspecto de Jesús como Jehová, el Dios del Antiguo Testamento anterior a su nacimiento en la carne, fue predicado en la Iglesia original durante cuatrocientos años antes de ser suplantado por doctrinas apóstatas. Los primeros cristianos judíos, al ser acusados de cambiar la ley y los profetas, afirmaban constantemente que aquello que predicaban no era un concepto nuevo sino muy antiguo, habiendo sido predicado por Jesús mismo a los profetas desde el principio. Arthur Cushman McGiffert, teólogo norteamericano (1861-1933), en su edición de *The Church History of Eusebius* (la Historia de

la Iglesia según Eusebio), indica que este primer historiador importante de la Iglesia mantenía el mismo punto de vista de los primeros cristianos de que Jesús era el personaje que apareció a los profetas en todos los casos que se conocen en el Antiguo Testamento.

"Eusebio* acepta el punto de vista común de la Iglesia original, de que todas las apariciones de Dios de las que habla el Antiguo Testamento fueron en realidad apariciones de Cristo, o sea, apariciones de la segunda persona de la Trinidad. Agustín, teólogo y filósofo (354-430), parece haber sido el primero de los dirigentes cristianos que tuvo un punto de vista diferente asegurando que estas apariciones de Cristo no eran compatibles con la enseñanza de la Iglesia sobre la identidad de esencia entre el Padre y el Hijo." (McGiffert, ed., *The Church History of Eusebius*, 1890.)

Al comenzar a analizar la quinta misión del Maestro, mi amigo y yo estuvimos de acuerdo en cuanto a las enseñanzas de la teología mormona; ambos convinimos en nuestra propia creencia de que Jesús nació de una virgen, María, como cumplimiento de una profecía; que enseñó el evangelio a la gente de su época (en nuestra doctrina en realidad *volvió* a enseñar el evangelio a su pueblo como cumplimiento directo de sus enseñanzas a los primeros profetas) y que fue crucificado. Le expliqué que los mormones creemos que Jesús estableció su Iglesia con el poder del sacerdocio mientras estaba en la tierra, que la Iglesia no fue la creación de sus seguidores después de la crucifixión, como algunos creen. El Maestro ordenó a sus Apóstoles, envió setentas en misiones, y tuvo una organización de oficiales fácilmente reconocible antes de la crucifixión.

Por supuesto, la misión principal del Señor, aquella que ningún otro podía llevar a cabo, fue la de ser Jesús el Cristo, el que fue crucificado por los pecados del mundo. Le expresé a mi amigo mi testimonio de que creo esto absolutamente, y le dije que aunque no comprendo completamente cómo una persona puede llevar sobre sí los pecados de los demás y dar paso así a la resurrección universal, sé con todo mi corazón que así fue y que esta parte del plan se lleva a cabo sin nuestra participación, y ni siquiera es necesario entenderla para que se haga efectiva en nosotros.

Yo sabía que nuestras creencias con respecto a la sexta misión de Jesucristo resultarían completamente nuevas para mi amigo y, a causa de su naturaleza particular, posiblemente totalmente ajenas a su entendimiento o aprecio. A continuación le expliqué lo mejor que pude la misión de Jesús al infierno*, o el "otro mundo", el lugar adonde van los espíritus que han salido de esta tierra. Una vez más afirmé que esta misión era

*Eusebio-*Teólogo griego, historiador y erudito de la iglesia (aproximadamente 260-340).*

**En este caso, la palabra "infierno" se refiere al mismo lugar al que Cristo llamó "paraíso" (véase Lucas 23:43).*

un hecho muy conocido para los miembros de la Iglesia cristiana original, que en realidad se efectuó y que era de crítica importancia para el cumplimiento del plan del Padre.

Jesús se lo dijo a sus Apóstoles al hablarles en Cesarea de Filipo, poco antes de la transfiguración. El profeta José Smith dijo que Pedro, Santiago y Juan recibieron importantes llaves e investiduras en el momento de la transfiguración, hecho que hace aún más significativos los comentarios del Maestro a Pedro con respecto a los poderes selladores. (Véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 184.) Después de oír la sincera confesión de Pedro, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente", como respuesta a la pregunta que el Maestro les había hecho, "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" el Salvador le dijo a Pedro: "las puertas del Hades no prevalecerán" contra la Iglesia. (Véase Mateo 16:13-19.)

La palabra "infierno" no tenía para los eruditos que tradujeron el Nuevo Testamento el mismo significado que tiene para algunas personas actualmente; no denotaba el lugar adonde van las personas inicuas, el dominio de Satanás, sino más bien el lugar adonde van las almas de los muertos. Mas aún, "las puertas" a las que se refiere este pasaje tratan de establecer una comparación con las puertas de los muros que rodeaban las ciudades, manteniendo a aquellos que estaban dentro separados de los que estaban fuera; por lo tanto, lo que el Maestro dijo a sus discípulos fue simplemente que las

"El Maestro ordenó a sus apóstoles . . ."

puertas, o sea, lo que separaba el Hades (o lugar de los muertos) de otros mundos no impediría que la Iglesia penetrara en él y liberara a todos aquellos que habían quedado aprisionados por la muerte. En realidad estaba anunciándoles Su propio descenso a ese lugar con la consiguiente introducción del evangelio allí y su triunfo sobre el efecto permanente que hasta entonces había tenido la muerte sobre la humanidad.

Le reafirmé que esta creencia se encontraba entre las más antiguas de la Iglesia original, y que el conocimiento completo de la misma había sido restaurado por medio del profeta José Smith. En una de las importantes secciones de Doctrina y Convenios que habla del sacerdocio, el Señor le reveló a José que su plan de salvación alcanzaba a todos los mortales.

"No sólo los que creyeron después de que él vino en la carne, en el meridiano de los tiempos, sino que tuviesen vida eterna todos los que fueron desde el principio, si todos cuantos existieron antes que él viniese, quienes creyeron en las palabras de los santos profetas, que hablaron conforme fueron inspirados por el don del Espíritu Santo y testificaron verdaderamente de él en todas las cosas." (D. y C. 20:26.)

Este mismo mensaje fue enseñado por Ireneo, dirigente cristiano y famoso teólogo nacido en Asia Menor, y expresado en una forma que tiene un extraordinario parecido con la que usó José Smith:

"Porque no fue solamente para aquellos que creían en El en el tiempo de Tiberio César que vino Cristo, ni la providencia del Padre es solamente para aquellos que ahora viven, sino para todos los hombres quienes desde el principio, de acuerdo con su capacidad, han amado y temido a Dios en su generación, han practicado la justicia y la piedad hacia su prójimo y han tenido el ferviente deseo de ver a Cristo y de oír su voz." (Ireneo, libro 4, *Contra los herejes*, en *The Writings of Irenaeus*, vol. 1, Ante-Nicene Christian Library, 1867, págs. 454-455.)

Le expliqué a continuación que esta doctrina de la oportunidad universal de salvación incluye la enseñanza del evangelio en el lugar llamado "Hades". Clemente de Alejandría, el primero de los llamados "padres de la Iglesia", nacido en Atenas (150?-215), en uno de sus escritos del siglo II declaró:

"Por lo tanto, el Señor predicó el evangelio a aquellos que estaban en el Hades. La escritura dice: 'No hemos visto su forma, pero hemos oído su voz' . . . ¿Cómo? ¿No indican las Escrituras que el Señor predicó el evangelio a aquellos que habían perecido en el diluvio? . . . *Los apóstoles, siguiendo las acciones del Señor, predicaron el evangelio a aquellos que estaban en el Hades. En mi opinión, era necesario que tanto allá como acá los mejores discípulos fueran imitadores del Maestro* a fin de que El pudiera traer al arrepentimiento a los hebreos y a los gentiles . . . El Señor descendió al Hades

con el objeto exclusivo de predicar el evangelio . . . porque no era justo que éstos fueran condenados sin un juicio, y que solamente aquellos que vivieron después del nacimiento del Salvador tuvieran la ventaja de recibir la justicia divina . . . por tanto, si El predicó el evangelio a aquellos que estaban en la carne a fin de que no fueran condenados injustamente, ¿cómo puede concebirse que no lo predicara a aquellos que habían partido de esta vida antes de Su nacimiento?" (Clemente de Alejandría, libro 6, "Misceláneas'" en *The Writings of Clement Alexandria*, vol. 2, Ante-Nicene Christian Library, 1867, págs. 328-334. Cursiva agregada.)

Un conocimiento similar a éste se le dio por revelación a un profeta moderno, Joseph F. Smith, como respuesta a su afán de encontrarle significado al relato de Pedro sobre Cristo predicando a los espíritus encarcelados. (Véase D. y C. 138.)

Muchos de los llamados "padres" de la Iglesia cristiana primitiva hicieron hincapié una y otra vez en que Cristo descendió a aquel mundo de espíritus y organizó una fuerza misional entre los profetas que habían sido sus discípulos desde la época en que el Maestro era Jehová.

Le expliqué a mi amigo que la ordenanza del bautismo por los muertos, o bautismo vicario, está necesariamente relacionada con esta misión del Señor. Le hice notar que a esto se refería Pablo cuando citó dicha ordenanza a los santos de Corinto, como prueba de la realidad de la resurrección literal de la carne: "¿qué harán los que se bautizan por los muertos...?" (1 Corintios 15:29). Esta práctica del bautismo vicario continuó en las zonas rurales del imperio Romano, relativamente incorrupta por las filosofías de los centros urbanos, hasta bastante avanzado el siglo IV y quizás aún más adelante.

El conocimiento de mi amigo nos permitió entendernos al hablar de la séptima misión de Jesús. Analizamos la resurrección, la aparición de Jesús a María, a Pedro y a los demás Apóstoles, a los que iban por el camino a Emaús, a Pedro y a otros que se encontraban pescando en Galilea; y finalmente, la ascención del Señor. Le indiqué que El indudablemente había aprovechado aquel tiempo para poder instruir más a sus Apóstoles; cualquiera que fueran los temas de aquellas enseñanzas, el Salvador nos dejó indiscutibles lecciones sobre la naturaleza literal de la resurrección, como en el caso de la aparición a sus discípulos:

"Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo." (Lucas 24:39.)

Y la promesa de un igualmente literal retorno que les dejó en el momento de su ascensión:

"Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." (Hechos 1:11.)

La octava misión grandiosa del

Maestro también era totalmente desconocida para mi amigo. Le describí el ministerio del Señor en el hemisferio occidental, como cumplimiento de la declaración que había hecho a los judíos:

"También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor." (Juan 10:16.)

Le dije que el Padre había presentado a su Hijo a los habitantes de este continente:

"He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre: a él oíd." (3 Nefi 11:7.)

Le expliqué cómo organizó Jesús una Iglesia como la que había establecido en el oriente, llamando y ordenando a doce Apóstoles. Hubo grandes milagros, se devolvió la vista a los ciegos y el poder de caminar a los inválidos; y los niños recibieron la bendición de milagros aún mayores de los que se habían visto en el oriente. Jesús pronunció un sermón sobre la naturaleza y la función de la Casa de Israel que no ha sido igualado por ningún otro de los que aparecen en las Escrituras. Instituyó el sacramento de la Santa Cena y confirió el don del Espíritu Santo. Finalmente, luego de un ministerio de tres días, Jesús ascendió a los cielos.

Después, le hablé de la novena misión del Maestro, sobre la cual sabemos muy poco. Al hablar a los nefitas, Jesús declaró que todavía tenía otras ovejas que también debían oír su voz (3 Nefi 16:1-5); en consecuencia, deducimos que tiene que haber habido otras personas que recibieron su visita y enseñanzas, aunque no tenemos ningún registro de ese ministerio.

La undécima misión del Maestro fue la restauración de la Iglesia por medio del profeta José Smith. Le expliqué cómo José Smith había pedido a Dios que lo dirigiera hacia la verdadera Iglesia, y le expresé mi testimonio. Le relaté todos los acontecimientos relacionados con la Primera Visión: que el Padre y el Hijo se aparecieron a José y que desde ese momento él recibió a otros ministrantes angélicos que le dieron el conocimiento y los poderes para restaurar el evangelio y el poder del sacerdocio, a fin de establecer nuevamente la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra, tal como lo había estado cuando el Maestro la estableció en el meridiano de los tiempos.

Al citar la undécima misión del Maestro consideré diversas apariciones suyas a distintas personas, incluyendo visitas que hizo a José Smith después de la Primera Visión y las oportunidades en que apareció a otros profetas, como por ejemplo: Lorenzo Snow; también le indiqué a mi amigo que la mano del Maestro dirigiendo su Iglesia es una realidad hoy, tanto como lo fue en el pasado.

Finalmente, le hablé de la última misión de Jesucristo dentro del gran plan del Padre, la que todavía no se ha cumplido, explicándole que los mormones creemos literalmente en la segunda venida del Salvador para reinar sobre la tierra que El mismo creó bajo la dirección de su Padre.

La perseverancia de nuestro maestro orientador

por Martine Bates

La última vez que vi a mi hermanita, Lorraine, fue en un cuarto de hospital, totalmente aislado, que olía a desinfectante. Se encontraba en una enorme cama de metal, entre blancas sábanas esterilizadas, rodeada de tanques, tubos y equipo de oxígeno. Los médicos habían confirmado lo que ella ya sabía:

—Mamita —había dicho con su suave y serena voz—, mamita, yo sé que voy a morir.

Después nos pidió que oráramos por ella; a nosotros, que nos habíamos olvidado ya de orar.

La noche anterior a su muerte estaba yo sentada junto a su cama mientras mamá y papá trataban de descansar unas pocas horas. Había caído en coma, y yo le sostenía su manita delicada entre las mías bajo la tienda de oxígeno, tratando desesperadamente con mis deseos de prolongarle la vida. Sentí un nudo en la garganta al pensar en lo poco que la conocía. Nos separaban diez años en edad . . . diez años, el apartamento donde yo vivía sola y mi emocionante carrera.

Al cabo de un rato oí que alguien entraba y en la penumbra del cuarto vi a un hombre con incipiente calvicie, ojos de mirar bondadoso y una amable sonrisa.

—Buenas noches —me dijo con voz suave—. Soy el hermano Hughes, su maestro orientador. Yo . . . acabo de enterarme . . .

¿Hermano? me pregunté en silencio. *Ah . . . un mormón.* Los maestros orientadores eran aquellos hombres que siempre se vestían con trajes oscuros, que eran muy amables, conversaban por un rato y luego se despedían cortésmente. ¿O éstos eran los misioneros? Estábamos inactivos y en realidad habíamos tratado de evitar todo contacto con la Iglesia durante los dos años que habíamos vivido en aquella ciudad. Me pregunté cómo nos habría encontrado.

—¿Cómo está? —me preguntó.

Su sonrisa era serena y segura, ese tipo de sonrisa que comienza en los ojos. Sentí que no había en él nada de pretensión y que tampoco estaba allí solamente por curiosidad; no sé por qué, pero me di cuenta de que su interés era sincero.

Por alguna razón, mi primera reacción fue tratar de impresionarlo dándole una detallada descripción clínica de las muchas complicaciones que habían llevado a los médicos a su diagnóstico final desahuciando a mi hermanita. Pero en lugar de ello, solamente un extraño gemido escapó de mis labios y las lágrimas comenzaron a correrme por las mejillas sin que pudiera evitarlo. No recuerdo todo lo que el hermano Hughes me dijo aquella noche; sólo sé que cuando se fue, yo sabía que Lorraine estaría viva en alguna parte, y que aquel pequeño cuerpecito lleno de sufrimiento, con el fino y dorado cabello que lo adornaba, era solamente una cubierta que la había albergado por un tiempo. No es que él me lo dijera con palabras, pero con la imaginación podía verla corriendo con sus brazos extendidos hacia un Ser

amoroso que la sostenía, como papá lo había hecho muchas veces.

Lorraine finalmente nos dejó. Pero el hermano Hughes siguió visitándonos una y otra vez.

Un año más tarde, derramamos lágrimas en el templo al sentir que el Espíritu nos testificaba que Lorraine estaba con nosotros al ser sellada nuestra familia. Unos pocos días después, me casé en el mismo santo edificio.

Muchas veces pienso en mi hermanita, y cuando lo hago, también recuerdo a aquel maravilloso maestro orientador que nos ayudó a aprender una vez más a orar y nos volvió a mostrar la única manera en que la tragedia puede ser reemplazada por la esperanza eterna.

El cumplimiento de una bendición

por Deris Jan Stokes

Yo provenía de una familia en la que era la única persona miembro de la Iglesia. En agosto de 1976, a la edad de veintiséis años, recibí de mi maestro orientador una bendición que al cabo de pocos meses habría de cumplirse asombrosamente. En aquella época, a pesar de que tenía una fe muy firme, llevaba sobre mis hombros una gran carga por haber experimentado tremendas pruebas personales. Por otra parte, tenía un profundo anhelo de encontrar un compañero eterno y digno; quería un esposo con el que pudiera compartir mis intereses espirituales e intelectuales, pero estaba convencida de que no lo encontraría en Tasmania, donde vivía, puesto que allí había pocos miembros de la Iglesia.

Así fue que hice planes para visitar los Estados Unidos al fin de aquel año. Analicé cuidadosamente con mi maestro orientador estos planes y también la crisis personal por la que estaba pasando, y decidimos que ayunaríamos juntos y que él me daría una bendición. En aquella bendición me dijo que viajaría a los Estados Unidos aquel año y que dentro de los tres meses posteriores a mi partida encontraría a mi compañero eterno; que él me necesitaría para ayudarlo a cumplir correctamente con su obligación como poseedor del sacerdocio; que no todo sucedería como yo lo había esperado, sino en la manera del Señor y en el tiempo del Señor, y que mientras estuviera allí iría al templo y recibiría mi investidura.

Ambos nos quedamos asombrados ante los detalles específicos de la bendición; pero estábamos completamente seguros, de acuerdo con el testimonio que recibimos del Espíritu, de que era Dios quien me daba ese conocimiento del futuro.

Cuando partí, a principios de diciembre, muchos de mis amigos, incluyendo mi maravilloso maestro orientador, fueron al aeropuerto a despedirme. Una vez allí, el me llevó aparte y me dijo que había tenido un sueño en el cual había visto a mi "elegido", y que era más bien de baja estatura, de ojos azules y cabello color castaño. Cuando subí al avión, tenía un sentimiento de expectativa y también de gran nerviosismo.

A los pocos días de estar en los Estados Unidos, celebré mi vigésimo séptimo cumpleaños recibiendo

ese día la investidura, una experiencia hermosa y sustentadora. Poco a poco se me iban pasando los tres meses. A fines de enero, todavía no había señales de mi "elegido". Finalmente, a causa de problemas de salud y de otras índoles tuve que regresar a Tasmania a mediados de febrero; sentía regocijo de volver a casa, pues había estado extrañando mucho, pero también me sentía amargamente decepcionada por otros motivos, y llegué casi al punto de dudar de Dios y de mi propia dignidad.

Al llegar, busqué la ayuda de nuestro Padre Celestial para hacer mis planes para el futuro. A causa de una severa pérdida del oído, ya no podía enseñar; por lo tanto, decidí inscribirme en la facultad de leyes; las clases comenzaron a principios de marzo.

El primer día en la facultad me encontraba examinando una lista de clases con una de las secretarias cuando se acercó a nosotras un hombre de barba, con aspecto desaliñado e impertinente, que me dijo bruscamente cuál era la clase en la que yo debía encontrarme . . . era justamente la suya. Antes de seguirlo hasta la sala de clase, le susurré a la secretaria:

—¿Quién es éste?

—Ese es Stokes, uno de los profesores —me replicó.

Mientras me encontraba sentada en aquella primera clase, me asaltó un pensamiento increíble: Este hombre era más bien bajo, tenía los ojos azules y el cabello color castaño, y por lo menos nuestros intereses intelectuales hasta cierto punto nos habían reunido. Me dije:

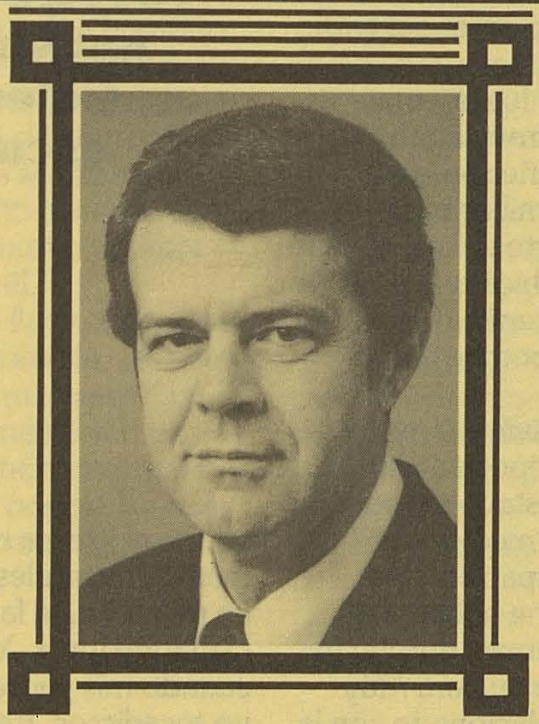
Por supuesto que no puede ser "él". Ni siquiera es miembro de la Iglesia, y parece demasiado seguro de sí mismo; además, me aseguré, *estos tipos intelectuales no se convierten fácilmente a la Iglesia.*

Aproximadamente una semana más tarde, Michael Stokes me invitó a salir, a lo cual respondí con una excusa. A la vez siguiente no me invitó: me comunicó que me reuniría con él para comer el almuerzo, y yo acepté. Muy pronto llegué a comprender cuán extraordinario era como persona; era excepcionalmente inteligente; se había graduado en la Universidad de Oxford, Inglaterra, con excelentes notas, y era un deportista de primera; además, era indefectiblemente bondadoso y compasivo. Pero se mantenía en pie el problema de que no era miembro de la Iglesia.

Dos meses más tarde, después de recibir yo del Espíritu confirmación a la decisión que había tomado, nos casamos. Pasados otros dos meses él se convirtió a la Iglesia, y más tarde fuimos sellados en el Templo de Nueva Zelanda por toda la eternidad. Hemos sido bendecidos con dos hermosas hijas.

Cuando me puse a hacer cálculos, me di cuenta de que lo había conocido exactamente dos meses, tres semanas y seis días después de haber salido para los Estados Unidos. Sé que en los casos en que los miembros de la Iglesia se casan con personas que no son miembros, generalmente, éstos no se convierten a la Iglesia. Pero algunos lo hacen, y supongo que la única guía que se puede seguir en este paso es la del Espíritu. En mis circunstancias, aquélla fue sin duda alguna la respuesta. Nuestro Padre Celestial cumple sus promesas, pero a su debido tiempo y a su manera.

DE AMIGO A AMIGO



De una entrevista personal que Joleen Meredith tuvo con el élder Ronald E. Poelman, miembro del Primer Quórum de los Setenta.

No puedo decir que realmente he gozado de mi niñez, porque fueron años muy difíciles para mí. Yo era el mayor de seis hijos y por algún motivo no me agradaba esa responsabilidad. No puedo recordar haber tenido una vida despreocupada y alegre, porque siempre estaba tratando de cumplir con lo que mis padres esperaban de mí. Ahora, cuando voy al hogar de otras personas, a menudo pregunto al niño mayor: '¿Cómo te sientes por ser el mayor de tus hermanos?' Y sobre este tema he tenido conversaciones muy interesantes.

Me gustaba la escuela y realmente disfrutaba aprendiendo, lo cual era muy estimulante para mí. Una de las

satisfacciones más grandes en mi vida fue aprender a leer. Cuando era muy pequeño empecé a leer el diario. Fui siempre un alumno muy aplicado."

El élder Poelman dice que entre las cosas que él recuerda y aprecia son los relatos de las Escrituras que su madre le contaba durante su niñez.

"A menudo mi madre trabajaba en la mesa de planchar, y puedo recordar que me sentaba a su lado mientras ella planchaba. Solía contarme historias de la Biblia, y esto ha sido parte del gran legado que me dejó.

Mis padres siempre fueron muy activos en la Iglesia y trabajaban mucho. Durante mi niñez pasamos por problemas económicos bastante difíciles. La mayor parte de esa época vivimos en una casa chica que, además de la cocina, tenía un dormitorio, un pequeño porche cerrado y un baño diminuto.

Muchas personas vivieron momentos difíciles en la época de la depresión. Mi padre estuvo sin trabajo durante casi un año y medio, y recuerdo la gran preocupación que teníamos. Mi madre me hablaba a menudo de los problemas, porque era el hijo mayor; y desde que era muy chico, sabía todo lo relacionado con la economía familiar, cuánto costaba el carbón y cuántos meses hacía que no lo pagábamos.

Pero ahora", sigue diciendo el élder Poelman, "tengo la gran satisfacción de gozar con la niñez de mis hijos y mis nietos. Tengo siete nietos; el mayor tiene siete años. Realmente es una gran alegría ser abuelo, y creo que de alguna forma esto compensa lo que tuve que pasar en mi propia niñez. ¡Es una gran oportunidad!

A mis padres les gustaba la música, aunque no la habían estudiado, y como en la casa no teníamos instrumentos musicales, excepto el ukelele* de mi padre, la familia se divertía cantando junta. Yo era un adolescente cuando mis padres pudieron comprar un tocadiscos. Recuerdo que todos nos alegramos mucho. Cuando fui mayor mi familia compró un piano, y algunos de mis hermanos más pequeños tomaron lecciones. Mi esposa era profesora de música, y ése era uno de sus talentos que más me gustaban cuando éramos novios. Disfrutaba de sentarme y oírla interpretar la música de Bach.

El apellido *Poelman* es de origen holandés", explica el élder Poelman. "Mi abuelo paterno nació en Holanda,

No importa lo que hayáis hecho o cómo os sintáis respecto a vosotros mismos, nuestro Padre Celestial os escuchará.

*Ukelele: *Pequeña guitarra de cuatro cuerdas.*

y cuando era un adolescente se trasladó a Sudáfrica. Allí se casó con una joven escocesa que en esa época estaba trabajando como institutriz en casa de una familia inglesa que vivía en ese país. Uno de los hijos de mis abuelos nació en Sudáfrica; luego volvieron a las Islas Británicas. Otro de los hijos nació en Inglaterra, y entonces se mudaron a Glasgow, Escocia, donde nació mi padre. Fue a su hogar allí donde llegaron los misioneros repartiendo folletos, y fue mi abuela quien les abrió la puerta. Mis abuelos vivían en el tercer piso de una casa de apartamentos, en una zona de la clase obrera. Uno de los misioneros se llamaba A. Z. Richards, y permaneció cerca de nuestra familia hasta que murió; yo siempre fui muy amigo de él.

Posteriormente, fui llamado a servir como misionero en Holanda, así como tres de mis hermanos menores; también mi padre sirvió una misión en Holanda. Esa experiencia misional fue de gran valor para mí porque tuve la oportunidad de conocer a algunos de los hermanos de mi abuelo y pude aprender el idioma."

Le pregunté al élder Poelman qué mensaje quería compartir con los niños del mundo, y éste es el que me dio: "Vuestro Padre que está en los cielos sabe quién sois y os ama incondicionalmente. Aunque hagáis cosas que no están bien, El os ama. Por supuesto que esto lo entristece, pero no quiere decir que deja de amaros. Quisiera alentaros a orar a menudo para comunicaros con El, sabiendo que no importa lo que hayáis hecho o cómo os sintáis respecto a vosotros mismos, nuestro Padre Celestial os escuchará.

A veces podemos pensar que el Señor nos ama sólo si guardamos sus mandamientos y que si los desobedecemos nos ama menos. ¡Eso no es verdad! Es algo que Satanás quisiera que creyéramos para que nos sintiéramos alejados de nuestro Padre que está en los cielos. Recordad que El os ama siempre, no obstante dónde estéis o lo que hagáis."

Del mismo modo que un templo iluminado es más hermoso durante una gran tormenta o niebla, así sucede con el Evangelio de Jesucristo, que es más glorioso en tiempos de tormentas internas, dolores personales y conflictos que atormentan al hombre.

Presidente Harold B. Lee

El caliente sol del verano me quemaba la espalda y gotas de transpiración corrían por mi frente. Metí a modo de palanca un palo entre las raíces de un tronco de árbol, y estaba por empujar el extremo cuando me llamó mi madre.

—¡Ramón! ¡Papá ya está de vuelta!

Al oírla, tiré el palo y corrí hacia la casa atravesando el campo de suave tierra removida. Me zambullí bajo una hilera de sábanas que ondeaban al viento y corrí alrededor de la casa para detenerme justo a tiempo de evitar estrellarme contra nuestro carro.

—Aquí, hijo —me dijo mi padre con una sonrisa—. Toma esta bolsa de harina y llévasela a tu madre.

Tan pronto como descargamos el carro, puse el caballo a pastar y volví a la casa. Papá le estaba dando un paquete a mamá.

—Son dieciocho metros de muselina color crudo —le dijo mientras le entregaba el paquete muy bien envuelto.

Ella sonrió y le dijo muy feliz:

—¡Gracias, Jaime! —Seguidamente desató con cuidado el hilo y quitó el papel—. Este hilo puedes añadirlo al ovillo que tenemos —dijo alcanzándomelo—, y el papel lo puedes utilizar para tus trabajos escolares.

Me puse a ovillar el pedazo de hilo y luego me senté a mirar mientras guardaban el resto de las provisiones. Por último, papá metió la mano en el bolsillo y sacó unos caramelos de fruta; me revolvió el cabello y me los dio.

La Herencia

por Betty Lou Mell

Se me hizo agua la boca y ya estaba por comer uno cuando mamá me recordó que era la hora de almorzar. Ya sentados a la mesa, inclinamos la cabeza, y papá ofreció la oración. Mientras comíamos, ellos hablaban.

—Elena, en la ciudad me encontré con Juan Paz —dijo papá—. Me dijo que quería comprar nuestro campo.

Sorprendido, miré a papá, que comía tranquilamente, y en seguida a mamá, que parecía a punto de explotar.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó ella con un tono quebrado.

—Bueno —contestó papá mientras lentamente tomaba otro pedazo de carne—, nos lo pagaría muy bien.

Los ojos de mamá comenzaron a agrandarse esperando oír el resto del relato. Mi padre, sin embargo, alargó la respuesta.

—Podrías tener casi cualquier cosa que quisieras . . . y todavía nos sobraría —agregó.

—¡Jaime! —lo reprendió mi madre— ¿Puedes decirme qué le contestaste?

Papá levantó la vista y sus ojos bailotearon traviesos.

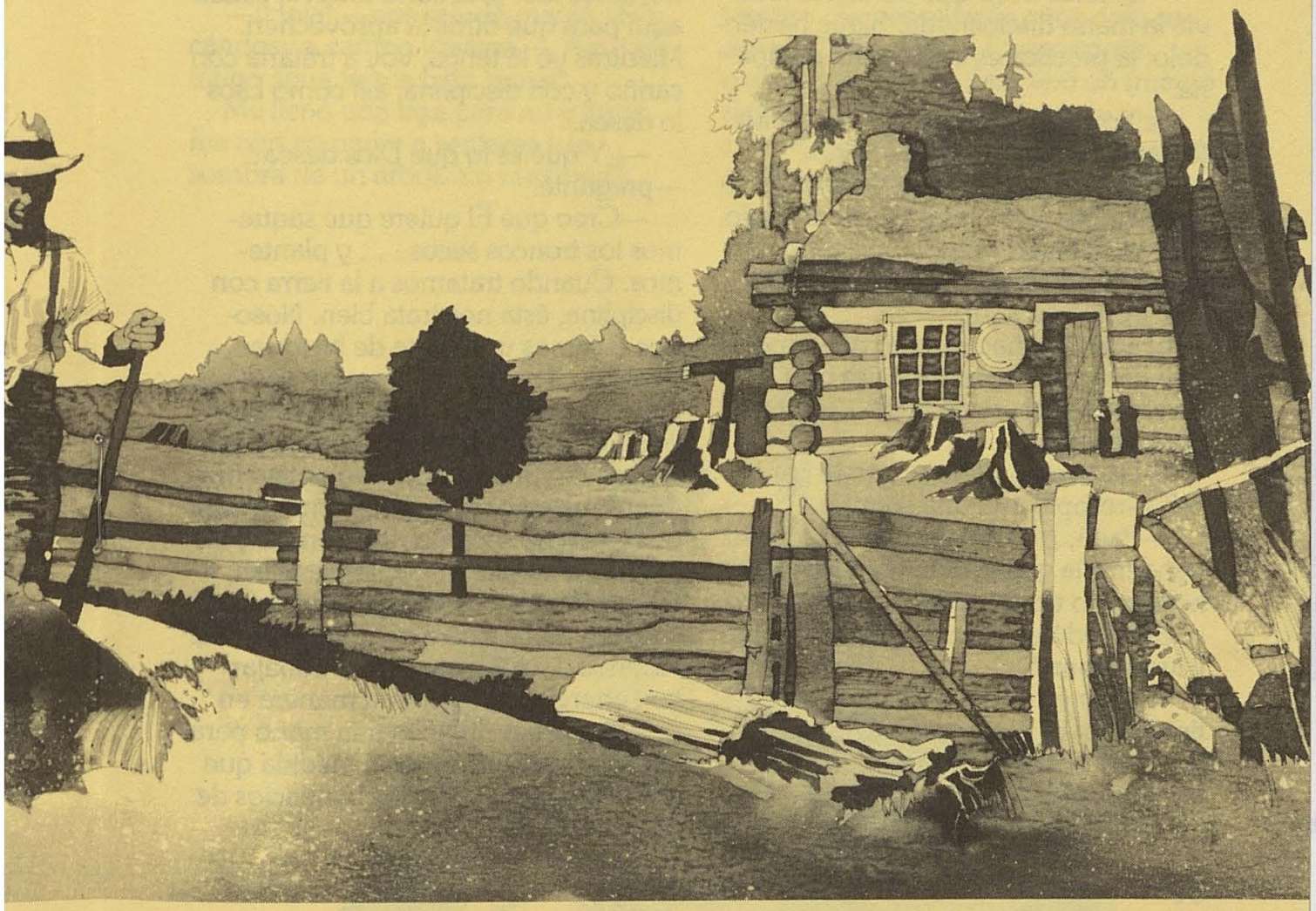
—Le dije que no —replicó simplemente.

La cara de mamá se iluminó con una gran sonrisa al tiempo que se le acercaba; lo besó y ambos rieron.

—Jaime, a veces realmente no sé qué es lo que piensas.

Yo sonreí y terminé mi almuerzo.

Papá tomó el hacha y juntos fuimos al lugar donde yo había estado sacan-



do los troncos de árboles.

—Así que ya tienes casi todo el trabajo terminado —dijo sonriendo—. ¡Muy bien! Pero dime, Ramón, ¿hoy has practicado un poco tu escritura?

—¡Sí, señor! —asentí—. Pero me disgusta hacerlo, papá.

—¿Qué te disgusta? —sonrió—. ¿Y por qué no te gusta escribir?

Di un puntapié a un cascote y me encogí de hombros.

—Mis ojos saben cómo tiene que quedar, pero mi mano lo hace todo mal.

Papá rió otra vez y puso el hacha en el suelo. Se sacó la camisa y miró el tronco.

—Quieres decir que no tienes todavía la mano disciplinada. Sigue haciéndolo; la práctica es una buena disciplina.

Se arrodilló al lado del tronco y fue tentando alrededor de las raíces.

—Has cavado mucho, pero todavía hay algunas raíces grandes aquí abajo. Las voy a cortar un poco para dejarlas sueltas y entonces podremos sacar este tronco de aquí.

El agarró el hacha, y yo me arrodillé a su lado para mirar; una vez que cortó las raíces, se arrodilló a mi lado para descansar.

—Da mucho trabajo, ¿no te parece? —resopló con una sonrisa.

—Papá, ¿tú piensas que alguna vez venderás la granja? Quiero decir, si lo hicieras no tendrías que trabajar tanto.

Se quedó en silencio por un minuto y luego sonrió.

—El dinero viene y se va, pero la tierra es para siempre. No, Ramón, nunca la venderé. Esta será nuestra herencia para ti.

—¿Qué es una herencia?

—Una herencia es algo precioso que se deja a alguien amado. Lo que tú decidas hacer con ella estará bien; será tu decisión. En general, la gente ve las cosas en forma diferente.

Para Juan Paz un campo es algo que se divide en pequeños lotes y se vende. Pero lo que sucede con la tierra es algo curioso; aun cuando tengas una escritura de propiedad, no es realmente tuya. Sólo has pagado por el derecho de utilizarla.

Tomó un puñado de tierra.

—Su olor es una promesa de todo el verdor y los productos que crecerán en ella. Es una constante responsabilidad, y mucho tiempo después que nos hayamos ido, esta tierra todavía estará aquí para que otros la aprovechen. Mientras yo la tenga, voy a tratarla con cariño y con disciplina, así como Dios lo desea.

—¿Y qué es lo que Dios desea? —pregunté.

—Creo que El quiere que saquemos los troncos secos . . . y plantemos. Cuando tratamos a la tierra con disciplina, ésta nos trata bien. Nosotros dejamos una parte de bosque para los ciervos y conejos que viven en nuestra pradera. Si no tuviéramos pradera, mamá no podría hacer guiso de conejo. Si no cuidamos los sembrados, tendremos muy poco o nada para comer. Si no sacamos los troncos y las piedras o no plantamos las semillas, no tendremos cosecha y no podremos culpar a nadie sino a nosotros mismos. Así, nos disciplinamos para trabajar con energía, de la misma manera en que tú puedes disciplinar la mano para escribir bien. Entonces, a medida que pasa el tiempo, verás los beneficios de tu esfuerzo.

Papá se puso de pie.

—Ya hemos descansado bastante —dijo—, ahora veamos si podemos mover este tronco seco y limpiar el lugar para sembrar.

Puso su hombro contra el palo mientras yo sujetaba éste con ambas manos. Lentamente hicimos palanca, luego la aflojamos; volvimos a hacerla con todas nuestras fuerzas. Con un quejido el tronco se movió lentamente hacia arriba mientras la tierra cedía su presa. Mi padre rió en tanto ríos de transpiración le corrían por la cara. Y pronto el tronco cayó derribado. Entonces apoyando con fuerza la mano en mi hombro, exclamó:

—¡Lo hicimos, Ramón, lo hicimos!

—¡Hola! —nos saludó mamá acercándose a campo traviesa—. Aquí les traigo agua fresca para tomar.

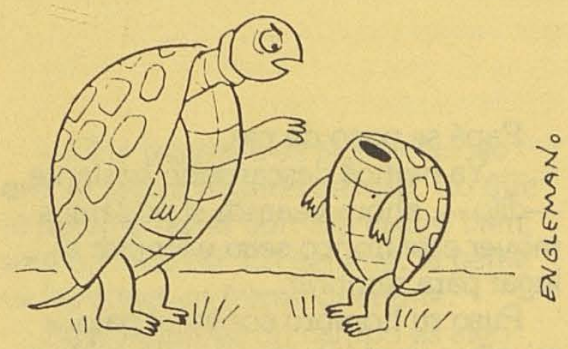
Me llenó una taza para mí y luego fue con mi padre a sentarse a la sombra de un árbol. Yo me quedé golpeando los terrones que habían quedado pegados en la raíz del tronco: hundí los dedos en la tierra húmeda y recogiendo un puñado la dejé caer lentamente; formó un pequeño montículo que aplasté suavemente con la mano, y con cuidado sobre él escribí mi nombre con una ramita. Las líneas eran feas y desparejas, pero con la práctica . . . sí, yo sabía que podría llegar a escribir mejor.

Borré mi nombre y miré hacia los campos. Largas líneas verdes marcaban nuestros surcos en donde el maíz, las zanahorias, las remolachas y las patatas se elevaban sobre la tierra. Aquí y allá se veían troncos de árboles o alguna piedra que asomaba en el terreno. *Se necesitarán años para sacar todo eso,* pensé. Luego sonreí para mis adentros. *Este será un trabajo difícil, pero la tierra será mía, y me sentiré orgulloso de continuar la labor de mis padres.*

Para tu diversión

LABERINTO

La cola de una rata canguro mide unos 125mm de largo, y le sirve para tener en equilibrio su pequeño cuerpo mientras salta sobre los médanos de arena. ¿Puedes ayudarla a salir de su cueva subterránea y encontrar las hojitas y las semillas secas?



"Mírame cuando te estoy hablando."

Al sobrevenirnos peligros

por Kathy Wilcox

Cuando las Autoridades Generales anunciaron que habría una Conferencia de Area en Madison, estado de Wisconsin, en los Estados Unidos, sabíamos que asistiríamos aunque no teníamos el dinero suficiente para realizar la jornada de 240 kilómetros. Dos semanas más tarde, el jefe de mi esposo necesitaba que alguien llevara un camión a Madison y lo trajera de vuelta. Mi esposo se ofreció a hacerlo ya que con lo que ganaría podríamos cubrir los gastos.

Fácilmente me desoriento cada vez que conduzco; sin embargo, cuando él me dijo que los niños y yo tendríamos que seguir en nuestro automóvil al camión que él manejaría, sentí la certeza de que todo iría bien.

El viaje a Madison fue tranquilo y la conferencia fue una bendición para nosotros ya que nos hizo sentir fuertemente el Espíritu de nuestro Padre Celestial y unió a nuestra familia.

Durante el viaje de regreso, nos sorprendió una fuerte tormenta que nos hizo perder la vista al camión por un período de diez minutos debido a la escasa visibilidad. Nos detuvimos para solicitar en oración que nuestro Padre Celestial nos ayudara a escoger el camino que debíamos seguir; cinco minutos más tarde nos encontrábamos otra vez detrás del camión. Sin embargo, la tormenta arreció y nuevamente nos separamos; ofrecimos una segunda oración y la respuesta que recibimos nos llevó a un camino que parecía poco transitado. Estábamos bastante aislados, viajando por un territorio que nos era desconocido e internándonos en una tormenta que empeoraba cada vez más. No teníamos un mapa, ni idea alguna de cómo llegar a nuestro destino, aún a varias horas de distancia; sin embargo, sentía una dulce tranquilidad que me incitaba a continuar.

A los treinta minutos, se ennegreció completamente el cielo y una torrencial lluvia descendió sobre nuestro auto. Los pequeños se sentían atemorizados a pesar de que repetidas veces les aseguré que llegaríamos bien. Para tranquilizarlos les prometí que nos detendríamos tan pronto como viéramos una casa o negocio, con el fin de cerciorarnos de que íbamos por el camino correcto. Pero sus temores se intensificaron cuando las personas que nos atendieron dijeron que habían escuchado advertencias por radio y televisión sobre tornados que venían de la dirección hacia la cual nosotros nos encaminábamos; que sería muy imprudente continuar por ese camino.

A pesar de las lágrimas de los niños, ofrecimos otra oración. Le agradecimos al Señor por los días tan especiales que disfrutamos juntos durante la conferencia, y también expresamos nuestra gratitud por el sacerdocio. Pedimos al Señor que calmara a los niños y que ellos pudieran sentir la paz, el amor y el cuidado de nuestro Padre Celestial.

Al retornar a nuestro camino pensé que deberíamos cantar. Al principio, cantamos alegres canciones populares y folklóricas; luego comenzamos a entonar algunos himnos. Pocos minutos después de

haberlo hecho, nos invadió una tremenda paz, y los pequeños fueron cayendo uno por uno en un sueño reparador.

Una paz maravillosa me invadió mientras seguía cantando sola, a pesar de que me daba cuenta de que me dirigía hacia la tormenta más negra que jamás había visto. Sentí el susurro del Espíritu que me instaba a continuar, y el aire mismo parecía apacible; los únicos sonidos dentro del auto eran el tranquilo respirar de los niños y los latidos de mi propio corazón. Creo que jamás he experimentado un silencio tan total. Pero repentinamente, la obscuridad nos cercó por doquier, mientras una lluvia atroz y la fuerza imponente del viento azotaban sin piedad el automóvil. Me quedé sin aliento, sin saber qué hacer cuando en mi mente oí un resonante coro celestial que cantaba estas frases tan familiares:

Al sobrevenirnos peligros
que nos amenazan la paz,
tenemos en Dios gran confianza,
vencido será Satanás.
(Himnos de Sión, 178.)

Asombrada por aquel sentimiento irresistible de paz, me di cuenta de que nuevamente había recibido revelación personal.

Llegamos a nuestro hogar sin problema alguno; y a pesar de que había habido un tornado que arrasó con todo lo que encontró en su camino, pudimos determinar por los noticieros que mi esposo sólo se había podido mantener alejado de él por una distancia de varios minutos. Sin embargo, nosotros hubiéramos estado en el centro mismo del tornado si el Espíritu no me hubiera dirigido a tomar otro sendero.

Siento profundo agradecimiento por el conocimiento certero que obtuve de que nuestro Padre Celestial conoce y ama a sus hijos, y que El puede ver el mapa en su totalidad y nos guiará a nuestros objetivos si tan sólo escuchamos su voz.

La vida familiar, la enseñanza adecuada en el hogar, la dirección y guía de los padres, son la panacea para las enfermedades del mundo y de sus niños; son la cura para las enfermedades espirituales y emocionales, así como el remedio para sus problemas. Los padres no deben encomendar la capacitación de sus hijos a ninguna otra persona.

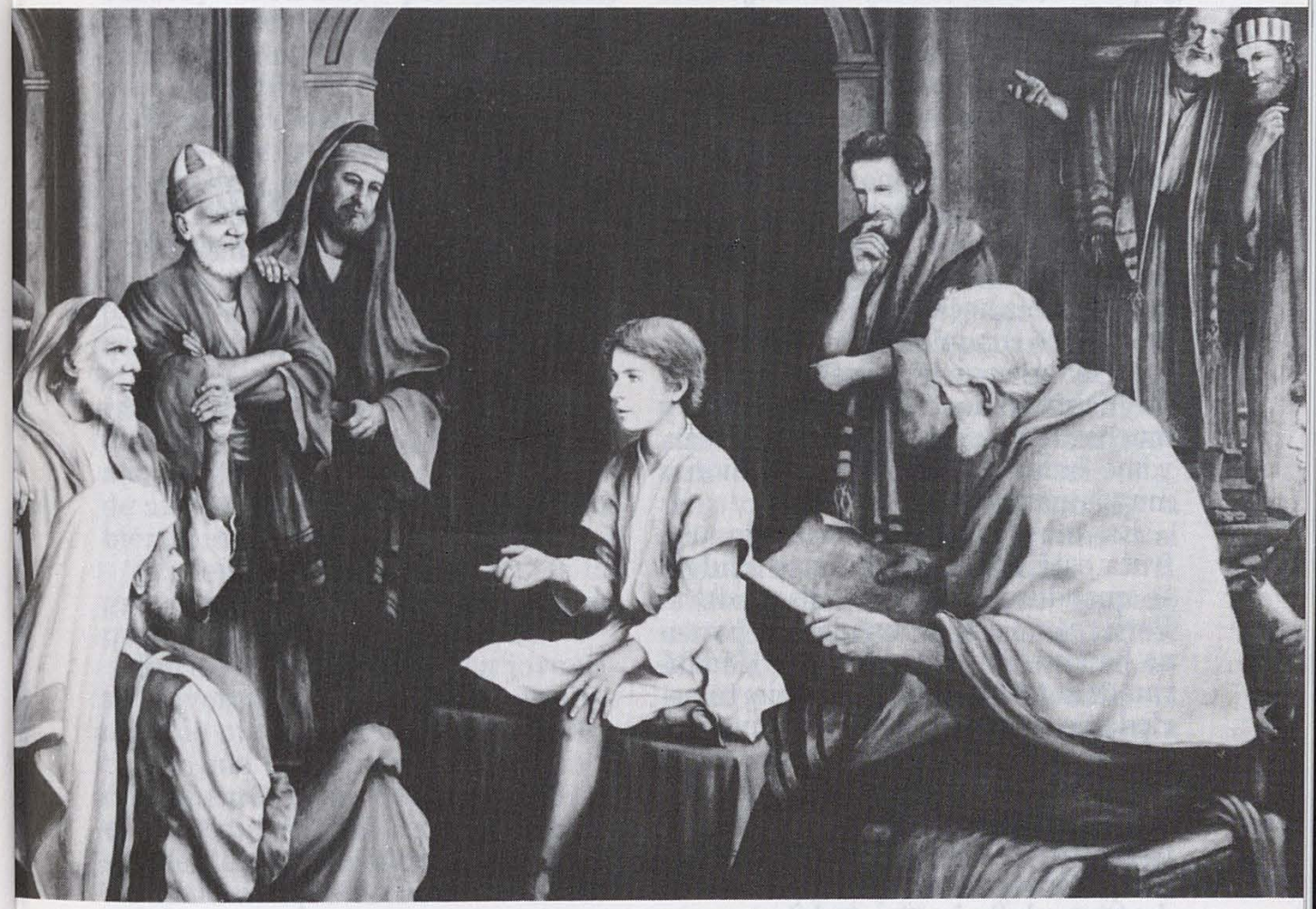
Presidente Spencer W. Kimball

La empresa más importante

por el élder Derek A. Cuthbert

Ya sea que estudiemos ciencias sociales o sismología o música, biología o botánica, lingüística o leyes, estamos todos embarcados, sin ninguna excepción, en una empresa: la de nuestra existencia.

Durante la época de mi carrera universitaria, hace unos treinta años, se me consideraba un estudiante "maduro". Me di cuenta de que, aparentemente, lo que me hacía acreedor de tal distinción era el hecho de que había servido tres años y medio



Los doctores judíos, que habían estudiado leyes durante tantos años, se maravillaron de su madurez.

en la Real Fuerza Aérea, estaba casado y tenía una hijita.

Aquellos que me dieron tal calificativo obviamente no consultaron el diccionario, que define la madurez como "juicio, cordura, sensatez . . ."

En ese sentido de la palabra ¿era yo un estudiante maduro? ¿Acaso me habían hecho madurar mis experiencias de guerra en India, Burma y Hong Kong? Esta clase de experiencias ciertamente envejecen a una persona en muchas formas; también se dice que viajar por otros países aumenta nuestro conocimiento. Sin embargo, eso no quiere decir que profundice nuestro entendimiento.

¿Me había hecho madurar el haberme casado con mi novia de la infancia y lo felices que éramos? Claro que me había dado responsabilidades y muchas oportunidades de progresar, y me había hecho tomar decisiones muy importantes.

Es muy fácil saber cuando una fruta está madura, y es más evidente cuando está demasiado madura. Pero ¿cómo saber cuando una persona ha alcanzado la madurez? ¿Maduramos automáticamente en cierto período de tiempo? ¿Es posible que una persona joven sea más madura que una vieja, o una persona pequeña más madura que una alta? Siempre pienso acerca del niño Jesús en el templo: "sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles" (Lucas 2:46).

¿Cómo, entonces, podemos medir la madurez? En la escuela secundaria y en la universidad tuve que

Es muy fácil saber cuando una fruta está madura . . . pero ¿cómo sabemos cuando una persona ha alcanzado la madurez?

sujetarme a muchos exámenes y pruebas por los que recibía calificaciones, algunas no tan altas como lo hubiera deseado y otras milagrosamente más altas de lo que esperaba. ¿Pueden considerarse los logros académicos como una señal de madurez? También pienso en el sabio Saulo de Tarsus, instruido por Gamaliel, cuyos conocimientos lo instaron a perseguir a los cristianos. Es maravilloso que él haya declarado después de su milagrosa conversión:

"Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo y a éste crucificado." (1 Corintios 2:2.) Mientras me preparaba académicamente, no dediqué todo el tiempo a las aulas o a la biblioteca, sino que pasé muchas horas en la pista de atletismo, entrenándome para diferentes eventos atléticos. Como resultado de esa preparación, fui seleccionado para formar parte del equipo de atletismo y no sólo eso, sino también para jugar al rugby y al cricket. ¿Podemos considerar acaso los logros deportivos como síntomas de madurez?

Recuerdo la carta de una jovencita, divorciada después de sólo dos años de matrimonio, quien se quejaba de que su esposo se interesaba únicamente por los deportes y no por el matrimonio. Tal vez no fuera lo suficientemente maduro para el matrimonio aunque fuera un buen deportista.

¿Y qué podemos decir de los logros en el campo social? Al mismo tiempo que estudiaba, pude obtener conocimiento de normas sociales, aprecio por el arte y cierta capacidad para comunicarme con otras personas. ¿Es esto parte del proceso de maduración? Como en otros muchos casos, el Salvador proporciona la respuesta, ya que Lucas nos dice: "Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y con los hombres." (Lucas 2: 52.) He aquí, pues, la clave de la madurez: una progresión balanceada en los cuatro aspectos del esfuerzo humano: mental, físico, espiritual y social.

Cuando estudié en la Universidad de Nottingham, Inglaterra, de 1948 a 1959, no tenía la buena suerte de ser un Santo de los Ultimos Días. No comprendía el propósito de la vida ni el tipo de progreso y los esfuerzos que eran necesarios para lograr ese propósito. Espiritualmente tenía un vacío, pues la mía era una religión sin verdadera esencia. Había sido activo en una iglesia toda mi vida, pero no hubiera podido responder a las preguntas de la doctrina básica si alguien me las hubiera hecho.

Mi verdadero progreso empezó cuando tenía yo veinticuatro años. Me había graduado con honores en leyes y economía, había iniciado mi carrera en la industria en la gerencia de una gran compañía que fabricaba telas, productos químicos y artículos de plástico. A las pocas semanas, los misioneros mormones fueron guiados —repito, *fueron guiados*— a nuestra puerta. De hecho, el Señor envió a tres misioneros a nuestra casa, porque El sabía que la conversión iba a ser difícil. Además, mi esposa me informó que todos ellos

tenían el mismo nombre: "Elder".

Todo aquel que haya visto la excelente filmina en la que el presidente Kimball nos muestra cómo convertirnos en miembros misioneros sabe que hay ciertas circunstancias que facilitan el entablar amistad con las personas para después enseñarles el evangelio. Nosotros somos un ejemplo clásico de cómo las circunstancias nos hicieron más receptivos al evangelio. No sólo estaba en los comienzos de mi primer empleo civil, sino que acabábamos de mudarnos a una nueva casa y teníamos nuestro segundo hijo recién nacido.

Sí, muchas de las circunstancias de nuestra existencia habían cambiado; pero, gracias a los misioneros, nuestra perspectiva de la vida también cambió. Nos enseñaron el plan de salvación, el plan de Dios para nuestro progreso eterno, para ayudarnos a alcanzar nuestro pleno desarrollo, que es la verdadera madurez.

Nuestros valores cambiaron, y por lo tanto, nuestra manera de percibir las cosas; y la importancia que dábamos a cada una de ellas cambió también a medida que comprendíamos la veracidad del mensaje que los misioneros nos enseñaban. Nuestra vida empezó a ser más plena y con más propósito, a madurar. Yo testifico de ese mensaje solemnemente y con todas mis fuerzas. Jesucristo, el Unigénito de nuestro Padre Eterno, es nuestro Redentor y Salvador y ha restaurado su Iglesia y su evangelio, tal como fue profetizado, y nos ha hablado otra vez por medio de santos profetas, siendo el primero de ellos José Smith.

Un amigo que notó el cambio que se efectuó en nuestra vida, particularmente en lo que se refería a la Palabra de Sabiduría, dijo que yo nunca tendría éxito en los negocios si no fumaba ni bebía. ¡Cuán errado estaba! El dio quiebra y yo progresé.

El bautismo marcó realmente un momento crucial, ya que los ojos de nuestro entendimiento fueron abiertos. La empresa de la existencia apenas había comenzado para nosotros, y teníamos el Espíritu Santo, recibido después del bautismo, para ayudarnos, guiarnos, reconfortarnos y enseñarnos "las cosas apacibles del reino" (D. y C. 36:2).

Mi primer trabajo de importancia en la industria fue casi simultáneo con la fecha de mi bautismo. Algunos pensaron que era un ascenso prematuro para alguien con tan poca experiencia, pero las ventanas del cielo se nos estaban abriendo y las bendiciones prometidas a aquel que paga sus diezmos empezaron a derramarse sobre nuestra humilde familia. (Véase Malaquías 3:10.) ¡Cuán agradecidos estábamos y lo estamos aún por el principio del diezmo! ¡Y qué mandamiento tan fácil de cumplir! Pagamos nuestro diezmo primero, y el Señor nos ayuda a utilizar los restantes nueve décimos en una forma sabia. Puedo testificar de ello.

Nunca nos hemos preocupado de las posesiones terrenales. Cuando nos convertimos a la Iglesia no tenía auto, ni teléfono, ni máquina lavadora de ropa, ni refrigerador, ni aspira-

dora. Siempre nos hemos ceñido a la admonición y promesa del Señor: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33). Ciertamente, puedo testificar de la veracidad de esto, ya que recibimos todo aquello que nos ayudaría a hacer el trabajo del Señor más eficazmente.

Lo contrario también es cierto. Regresamos a nuestra primera casa veinticinco años después. Algunos de nuestros viejos vecinos estaban todavía en el vecindario; parecían los mismos; no habían progresado ni madurado. Habían rechazado el evangelio y estaban espiritualmente muertos.

Mi primera asignación de importancia en la industria me lanzó al maravilloso mundo de la petroquímica. De pronto me encontré trabajando entre químicos, ingenieros e ingenieros químicos; aprendí a utilizar el idioma técnico de ellos, a elaborar gráficas de producción e informes de progreso y hacer uno y mil cálculos y proyecciones. Tuve que aprender sobre las materias primas, los subproductos, los catalizadores, los productos derivados, la producción y los rendimientos. Tenía mucho trabajo, pero era sumamente interesante y disfrutaba mucho de él. No era simplemente el hecho de que estuviera aprendiendo tanto acerca de la industria en sí, sino que estaba aprendiendo de la vida misma. ¡Hay tantas similitudes entre la empresa de la existencia y los procedimientos industriales!

¿Cuál fue la materia prima que se nos confió cuando iniciamos nuestro viaje en la vida mortal?

Pronto descubrí que los petroquímicos eran solamente el principio de toda una serie de procedimientos relacionados entre sí, que en esa empresa particular cubrían un área de 142 hectáreas y brindaban empleo a 10.000 personas. Era fascinante ver entrar la materia prima por las puertas de la fábrica, los trenes cargados de petróleo y los camiones con celulosa cruda y muchos otros productos similares, y después de un tiempo, ver salir los vehículos con su cargamento de bellas telas y plásticos; y me preguntaba cómo había sucedido este milagro. La conclusión se hizo obvia a medida que estudiaba, no solamente el procedimiento industrial sino también la empresa de la existencia. ¡Se había llevado a cabo una conversión! Pude apreciar mejor los procedimientos industriales que hacen que ríos de petróleo y montañas de pulpa de madera se conviertan en artículos que podemos usar y llevar puestos todos los días.

Y la vida, ¿no es también un procedimiento? ¿No es el procedimiento para nuestro desarrollo? Nosotros también sufrimos cambios, transformaciones, y aun conversiones, para poder llegar a ser como nuestro Padre Celestial espera y desea que seamos.

¿Cuál fue la materia prima que se nos confió cuando inciamos nuestro viaje en la vida mortal, cuando comenzamos nuestro procedimiento para llegar a ser como El?

Primero, nuestra inteligencia "o, en otras palabras, luz y verdad". (D. y C. 93:36.)

Segundo, nuestro cuerpo espiritual, que nos dio nuestro Padre Eterno, puesto que El es "el padre de los espíritus". (Hebreos 12:9.)

Tercero, el cuerpo físico, en el que el espíritu mora durante nuestra estancia en la tierra.

Cuarto, nuestros dones y talentos individuales, ya que "toda buena dádiva viene de Cristo". (Moroni 10:18.)

Quinto, "una tierra sobre la cual podamos morar". (Alma 3:24.)

Sexto, el tiempo que se nos ha concedido y que no debemos "desperdiciar". (D. y C. 60:13.)

La forma en que utilicemos, o más bien convirtamos, esta valiosa materia prima constituye la empresa de la existencia.

El Salvador declaró: "¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Lucas 2:49.) ¿Cuáles son los "negocios" de nuestro Padre? ¿No son "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre"? (Moisés 1:39.) Esto, entonces, debe ser la madurez: el obtener los atributos propios de Dios.

El Salvador enseñó lo siguiente: "Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida" (Mateo 7:14). El camino que lleva a la vida eterna no solamente es angosto y estrecho y requiere disciplina y obediencia, sino que también es muy largo, tan largo como nuestra propia vida. El profeta Nefi hizo hincapié en esto cuando dijo lo que debemos hacer después de entrar en el camino estrecho y angosto: "debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, te-

niendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna." (2 Nefi 31:20.)

Volviendo a nuestra planta de petroquímica, el primero era un procedimiento de refinación en el que el petróleo se sometía a un intenso calor y se separaba en diferentes gases y elementos.

Cuando era jovencito, y aun ahora, siempre me impresionó la historia de Sadrac, Mesac y Abednego, quienes por haberse mantenido fieles a Dios y rehusado inclinarse ante ídolos, fueron echados al fuego por Nabucodonosor, Rey de Babilonia. El rey se sorprendió mucho cuando vio que, en lugar de tres, había cuatro hombres que se paseaban en medio del fuego sin sufrir ningún daño, y declaró: "y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses" (Daniel 3:25).

¿Tenemos la capacidad de soportar el calor de la crítica, las presiones de la tentación, los "dardos encendidos de los malvados"? (D. y C. 27:17.) El Señor no quiere que tengamos ni siquiera una grieta en nuestra armadura de virtud. Quiere que lleguemos ilesos, habiendo tomado sobre nosotros la verdad, la rectitud, la fe, y que vayamos a predicar el evangelio de paz por medio del Espíritu Santo que está dentro de nosotros. Haremos esto si construimos nuestros cimientos en la "roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios . . . un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán" (Helamán 5:12).

He hecho a muchas personas la siguiente pregunta: "¿Prefiere sentirse seguro o inseguro?" En todos los casos la respuesta ha sido: "Naturalmente que prefiero sentirme seguro". ¿Por qué entonces hay tantos que nos comportamos como si creyéramos lo contrario? Si así es, o si tan sólo tenemos pensamientos indignos e impuros, no estamos seguros, porque el Espíritu Santo se alejará de nosotros.

"El Espíritu del Señor no habita en templos inmundos." (Helamán 4:24.)

Mi experiencia en la petroquímica me hizo pensar en otras cosas importantes. Después del procedimiento de refinación, se obtienen aceites más gruesos que se refinan otra vez para fabricar una gran variedad de productos muy útiles, todos derivados del petróleo. Durante siglos, aun milenios, el principio de refinación ha sido una parte muy importante del proceso industrial, especialmente en lo que se refiere a metales preciosos.

El Señor mismo es como un "fuego purificador" (Malaquías 3:2), y al tratar de ser como El, debemos desechar la escoria y las impurezas. Basándonos en esto, podemos preguntarnos: ¿Somos más puros hoy que hace un año, un mes o una semana? ¿Hemos refinado nuestra escoria? ¿Hemos vencido hábitos y tradiciones que en el pasado nos han obstaculizado nuestro progreso?

En la empresa de la existencia, no sólo es importante el procedimiento de conversión sino también la eficacia de ésta. ¿En qué forma estamos convirtiendo la materia prima que recibimos de Dios? ¿Cuál ha sido el rendimiento del producto en nuestra vida? Por ejemplo, ¿cuánto tiempo hemos desperdiciado, cuántos talentos hemos dejado sin desarrollar, y cuánta inteligencia hemos pasado por alto? Inteligencia y espíritu, energía y talento, espacio y tiempo, todas estas cosas forman parte de nuestra mayordomía. Nuestro bondadoso Padre no nos las ha proporcionado para que hagamos mal uso de ellas, sino para que las utilicemos a fin de hacer que nuestra vida sirva de ejemplo y sea de servicio a nuestro prójimo:

"Y el que fuere mayordomo fiel, justo y sabio entrará en el gozo de su Señor y heredará la vida eterna." (D. y C. 51:19.)

Compañeros estudiantes del Evangelio de Jesucristo, os alabo por vuestra fidelidad, pero os digo: sed más fieles. Os alabo por vuestros logros en todos los campos de la vida, pero os digo: sed más diligentes. Os alabo por la espiritualidad que habéis desarrollado y que irradiáis, pero os digo: sed más espirituales.

Oro con las palabras del apóstol Pablo:

"Ni mi palabra ni mi predicación" hayan sido "con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu de poder,

para que vuestra fe no esté funda-

Os alabo por vuestra fidelidad, pero os digo: sed más fieles.

da en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios." (1 Corintios 2:4-5.)

Además, ruego que "el Espíritu del Señor Omnipotente" haya "efectuado un potente cambio en nosotros o en nuestros corazones, por lo que ya no tenemos más disposición para obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente", ya que éste fue el efecto transformador del discurso del rey Benjamín. (Véase Mosíah 5:2.)

Me gustaría relatar una parábola. Había un hombre quien, deseando disfrutar de las bellezas de la naturaleza, fue a pasear por un bosque, a orillas de un cristalino río. Al contemplar la grandeza de la obra de Dios, no tuvo cuidado en observar que el sendero que había tomado y que conducía directamente hacia el agua estaba todo cruzado por las raíces retorcidas de los árboles. Cerca ya del río tropezó en las raíces y cayó al agua de cabeza. El río era más hondo de lo que había imaginado y él no sabía nadar. Gritó pidiendo ayuda, pero nadie lo escuchó y se hundió en las oscuras aguas. Emergió una vez a la superficie y trató de gritar nuevamente, ya con menos esperanza, pero se volvió a hundir. Su llamado de auxilio era más débil al emerger por última vez. ¿Quién iba a escucharle? Pero alguien que caminaba por las cercanías oyó sus gritos, se lanzó al agua y lo salvó. Cuando el hombre se recuperó y vio la faz de su salvador, le dijo:

—¡Muchas gracias! Gracias por salvarme. ¿Hay algo que pueda hacer para demostrarle mi estima y agradecimiento?

El que lo había salvado sonrió y le respondió:

—Hay muchas cosas que puede hacer por mí.

Luego le enseñó con amor y con dedicación. Entonces sucedió algo triste: el hombre que lo había salvado murió como resultado de aquella experiencia, y el que había sido salvo vivió. A pesar de su tristeza, éste tuvo una sensación de paz dentro de su alma, ya que sabía lo que podría hacer para demostrar su amor y agradecimiento por su salvador.

Lo mismo nos sucede a nosotros, ya que nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, murió para que nosotros vivamos. Al igual que aquel hombre, sabemos lo que tenemos que hacer, pues El nos dijo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15).

Para mí no hay nada más precioso que mi testimonio de Jesucristo. Yo testifico que El es mi Salvador y mi Redentor, el Hijo del Dios Omnipotente. Sé que vive, que guía su Iglesia, restaurada en su plenitud, y nos habla por medio de profetas, actualmente de nuestro amado profeta, el presidente Spencer W. Kimball.

Que todas las bendiciones del Señor estén con vosotros en vuestros estudios y vuestra vida, en vuestros cometidos y en vuestras decisiones, en vuestro proceso de maduración y en la empresa de vuestra existencia, que es desarrollaros "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". (Véase Efesios 4:13.)

Cuando entré en la casa de mi abuela, no estaba realmente pensando en ella, aunque sabía que su muerte estaba próxima. La amaba y me dolía pensar que pronto nos iba a dejar, pero ella había esperado por tanto tiempo para volver a estar con su esposo que su muerte parecía una bendición, o una recompensa que había ganado por su fidelidad.

Yo pensaba en lo que el futuro me traería aparejado. Tenía que tomar una decisión importante en esos días y estaba muy confusa, por lo que oré a mi Padre Celestial para que me concediera paz y tranquilidad. Por eso me sorprendí cuando sentí que me invadía una gran calma al entrar en el dormitorio de mi abuela. Estaba llorando; al verme llegar, se secó las lágrimas y me dijo suavemente que al reflexionar acerca de su vida, se daba cuenta de las

La sabiduría de mi abuela

por Colleen Riley
Ilustrado por Don Seegmiller

grandes bendiciones que el Señor le había dado. Sus palabras y la gratitud que demostró me hicieron olvidar totalmente mis preocupaciones terrenales. Casi ni me daba cuenta de estar allí, parada, escuchándola en la obscuridad; ella, aunque delgada y moribunda, estaba radiante.

En aquel momento borré de mi mente cualquier pensamiento ingrato que pudiera haber tenido hacia ella. Me sentí tan humilde que no puedo encontrar las palabras correctas para explicar mis sentimientos. ¿Por qué no se quedan para siempre esos momentos grabados en nuestro corazón? Le puse una mano sobre la suya arrugada y le pregunté en qué estaba pensando. Me contestó algo que he experimentado a menudo pero que nunca he podido expresar. Moviendo la cabeza me dijo:

—Hija, ¡si tú supieras todo lo que estoy pensando!

Luego me dijo que yo tenía un aspecto diferente, a lo cual contesté que no me había puesto maquillaje y por eso me veía distinta. Pero ella ni siquiera se había fijado en mí. Todo el tiempo había estado mirando hacia afuera por la ventana; sin embargo, volvió a decirme:

—No, te ves distinta de cuando entraste. Estás viendo tu futuro frente a ti y te preguntas qué va a ser de ti.

Al escuchar esto, las lágrimas se asomaron a mis ojos y me di cuenta de que ella tenía razón.

—No seas impaciente, querida. El Señor te tiene reservadas muchas cosas buenas y te ama mucho. Pero tú eres impaciente como yo. Quieres decirle a El que estás lista cuando en realidad no lo estás.

Entonces sonrió y dijo:

—Yo siempre fui muy difícil y di muchos problemas a mi Señor por mi impaciencia, y ahora, veo que mi vida se termina y me doy cuenta de que todavía me ama. Yo sé que El me ama.

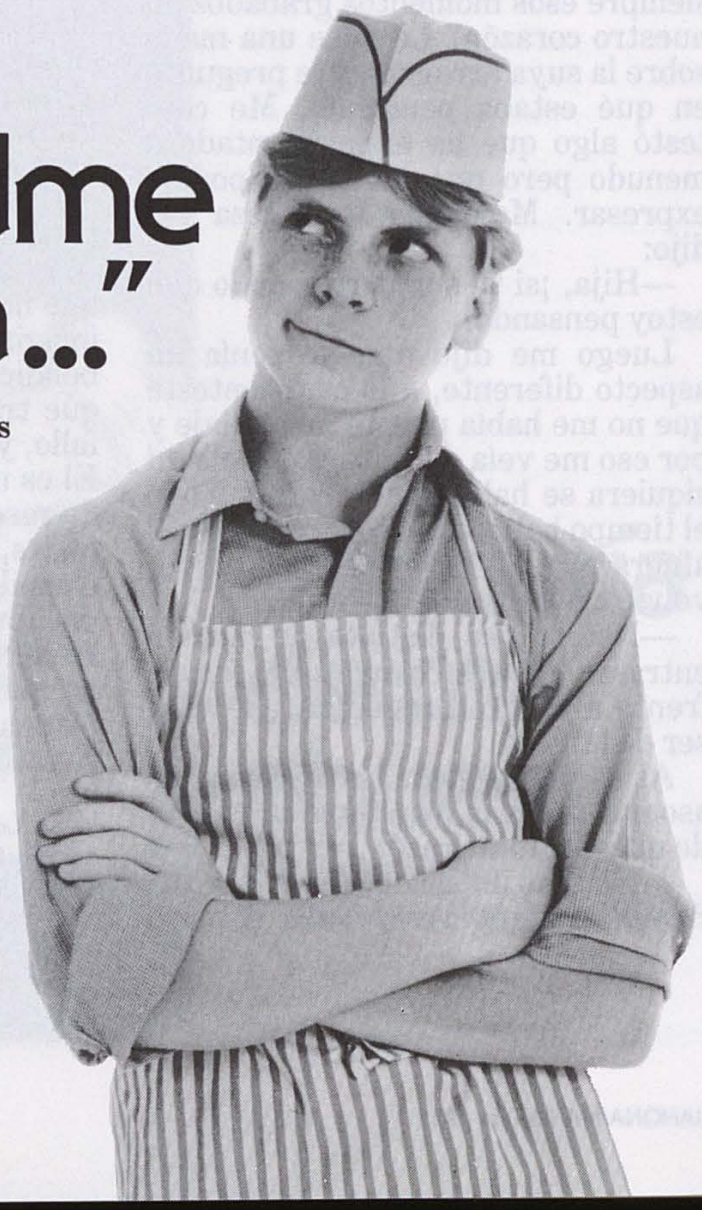
Cuando terminó de hablar, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Yo no estaba llorando abiertamente, pero al ver sus lágrimas, empecé a llorar también. En aquel momento compartíamos algo como hijas de Dios, no como una abuela y su nieta. Es así como recuerdo a mi abuela, y cuando llegue la hora de reunirme con ella, espero que se enorgullezca de mí.

Bajé los escalones de la casa con el testimonio de que en realidad hay Alguien más grande que nosotros, que nos ama más de lo que podemos imaginarnos. ¡Me ha dado tantas bendiciones! Sabiendo eso, tengo que tratar de ser lo mejor. Cuando fallo, yo misma me estoy castigando. El es un Dios de amor, no de odio ni de resentimiento. Hago tantas cosas malas, pero El siempre me ama. Cuando vi el rostro de mi abuela ese día, pude percibir amor, sabiduría, humildad y paz. Quisiera haber podido escribir mis sentimientos sobre planchas de piedra para que perduraran para siempre.

Nota: *La hermana Riley perdió la vida en un accidente automovilístico tres años después de la muerte de su abuela. El presente relato fue tomado de su diario.*

"Y probadme ahora..."

por Scot R. Meyers



Cuando tenía quince años, regresábamos una noche de la reunión para el sacerdocio durante la conferencia general y entramos en una pizzería. Esa noche aprendí acerca del diezmo una lección que nunca olvidaré.

Mi padre, mis dos hermanos y yo teníamos mucha hambre. Mientras esperábamos que nuestra comida estuviera lista, vi a uno de mis amigos trabajando en la limpieza de las mesas; como yo mismo estaba buscando trabajo, le pregunté cómo había hecho para obtenerlo, y él me contestó que todavía necesitaban más empleados; a los pocos minutos regresó y me dijo que el gerente me entrevistaría en ese mismo momento. Quizás fuera porque yo llevaba camisa y corbata que pareció impresionado y la entrevista resultó bastante buena para mí. Le expresé mi deseo de no trabajar los domingos, a lo que él contestó que no habría ningún problema ya que muchas personas se ofrecerían a trabajar mi turno ese día. Como resultado de esa entrevista me contrató para empezar inmediatamente.

Durante los siguientes dos años

ascendí en el trabajo hasta llegar a ser cocinero. Una noche, al empezar en mi turno, me di cuenta de que me habían quitado uno de los días en que se me había programado trabajar. Mi jefe me dijo que si quería tener la cantidad acostumbrada de horas, tendría que trabajar el domingo. Trabajé ese domingo y me sentí muy mal por haberlo hecho, así que desde ese día en adelante rehusé seguir haciéndolo. Poco a poco, mis relaciones con el jefe se fueron deteriorando y empecé a buscar otro empleo.

Es interesante notar que, aunque yo era muy estricto en cuanto a santificar el día de reposo, no me preocupaba mucho por obedecer otro mandamiento: la ley del diezmo.

No pagaba diezmo de todo, a no ser que mis padres me lo sugirieran. Entonces les decía que lo iba a hacer y a la semana siguiente ponía cualquier cantidad de dinero en un sobre. Simplemente no podía comprender la razón para regalar exactamente la décima parte del dinero que tanto me había costado ganar.

Seguía buscando trabajo, sin ningún resultado. Oré a mi Padre Celestial sinceramente, confiando en que me ayudaría a encontrar empleo. Una noche, mientras oraba, me asaltó un pensamiento: ¿Por qué tenía que ayudarme el Señor a encontrar otro trabajo si yo no estaba pagando diezmo del dinero que ganaba en el empleo actual?

Estudié algunos pasajes de Escrituras:

"Y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde." (Malaquías 3:10.)

"Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; más cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis." (D. y C. 82:10.)

Decidí entonces empezar a obedecer aquel mandamiento. Fui al banco y retiré una cantidad considerable de mi cuenta de ahorros para pagar el diezmo de todo el dinero que había ganado; luego lo llevé a casa del obispo esa misma noche.

En mis esfuerzos para conseguir un empleo mejor, había solicitado una plaza en un taller de instalación de tubos de escape para automóviles. Esto sucedió en enero, y me habían dicho que no necesitarían a nadie hasta fin de año. Dos días después de pagar el diezmo, alguien del taller me llamó por teléfono para ofrecerme el puesto, diciendo que podía empezar al día siguiente. Cuando salí a la misión, estaba ganando tres veces más de lo que ganaba como cocinero en la pizzería, más una atractiva comisión, y así pude costearme la mitad de los gastos. Además, después de un año de estar cumpliendo con ese llamamiento, el dueño del taller llamó a mis padres y se ofreció a pagar el resto de mis gastos en la misión.

Alguien podría decir que estas cosas pasan por coincidencia, pero yo prefiero pensar que fui bendecido porque empecé a vivir uno de los principios del evangelio. El diezmo abre las puertas a muchas bendiciones del Señor.

Ethel

por Susan H. Aylworth

Mientras cursaba estudios en la universidad, dedicaba algunas horas a trabajar en el programa que tenía la Mutual en la Escuela de Capacitación del Estado para retardados mentales; esta escuela se encuentra en la localidad de American Fork, Utah. Rápidamente aprendí a aceptar y amar a aquellas personas especiales. Eran caracteres sorprendentes, y la espiritualidad que tenían era más fuerte que sus debilidades mentales y físicas.

Entre todos ellos, la excepción era Ethel, víctima de una severa parálisis cerebral; me resultaba muy difícil trabajar con ella . . . o cerca de ella. La piedad, y al mismo tiempo aversión, que me inspiraba eran demasiado grandes. Había que atarle las manos y los pies con correas a una armazón de metal a fin de evitar que se lastimara. Mis compañeros me habían dicho que tenía una mente normal, pero que se había requerido los esfuerzos de los empleados de la escuela durante casi cuarenta años para descubrir que Ethel podía pensar, aunque aquella mente estaba aprisionada en un cuerpo cruelmente lisiado. Quienes trabajaron con ella finalmente pudieron enseñarle a hablar, aunque yo no podía entender lo que decía. Me preguntaba por qué el Señor la había dejado en este mundo, forzándola a permanecer en aquella condición de miseria física tan obvia.

Un día de ayuno, en una reunión de testimonios que hubo en la escuela, Ethel pidió para hablar. Me pregunté por qué le permitían hacer uso de la palabra cuando nadie podía entender lo que decía. Fue entonces que habló, suficientemente claro como para que aun yo pudiera entenderla. Dijo: "¡Yo amo la vida!"

Me sentí sumamente sorprendida. Luego agregó: "¡Y amo a mi Padre Celestial!" Sólo pude inclinar la cabeza y llorar.

Cuando Ethel terminó su testimonio, los alumnos cantaron la canción que en poco tiempo había llegado a ser favorita de todos: "Soy un hijo de Dios, por El enviado aquí . . ." Cada vez que he escuchado esa canción desde aquel día, he recordado a Ethel y la hermosa lección que supo enseñarme.

Su sueño dorado

por Rosa Hernández

Andrés se llamaba, y vivía en una pequeña aldea, alejada del bullicio de la ciudad, en donde todo era paz y tranquilidad. Su esposa era una persona humilde, y tenían cinco chiquitines traviesos y vivarachos.

El pasatiempo favorito de la familia era ir al campo y divertirse con la cantidad de animalitos que allí había. Acostumbraban salir especialmente los sábados y organizaban caminatas; algunas veces cerca, otras lejos. Todos tenían sus preferencias: a Luisito le gustaban las alondras, a Carmencita el color variado de los árboles; a Berta el cantar de los pájaros y cenzontles*; a Julio las caprichosas formas de las nubes, que algunas veces parecían animalitos gordos, otras, viejitos con barba y gordinflones o un sinnúmero de figuras interesantes. Lo que más le gustaba al pequeño Albertito era jugar con tierra; no importaba dónde se encontrara, él se ocupaba de construir pequeños caminitos de tierra para que sus carritos pudieran atravesar la imaginada ciudad. Cuando hacían un alto en lo que estaban haciendo o se detenían a descansar de la caminata y tomar la merienda preparada por la madre, todos los chiquitines se turnaban para compartir sus impresiones con el resto de la familia.

Los padres se divertían muchísimo con las ocurrencias de sus niños y realmente hacían del sábado su día preferido.

Andrés, el padre, era el que más gozaba; no podía creer que tuvieran tanta imaginación. Para él los días de trabajo eran un poco pesados, pero cuando recordaba las cosas que había hecho con sus hijos el sábado anterior, las tareas le parecían más entretenidas y se alegraba al pensar en lo que tenían planeado para el sábado siguiente. Era su turno. A él le gustaba todo lo que se veía en el campo: los pájaros, el cielo despejado y limpio, el cantar de los cenzontles, el olor a tierra mojada; en fin, todo, todo le gustaba. De niño siempre había oído hablar de la gran Ciudad de México, de todo lo hermoso que hay en ella: su Teatro de Bellas Artes, la Plaza Garibaldi, el Coliseo, la Torre Latinoamericana; todo le entusiasmaba y era su sueño dorado poder conocerla. Eran pocos sus recursos, pero soñaba con que algún día, cuando sus hijos ya hubieran crecido y tuvieran su propia familia, pudiera ver cumplido ese deseo. ¡Era sólo un sueño!

Ese viernes, mientras terminaba su trabajo, se le ocurrió algo que ayudaría a sus hijitos a tener una vaga idea de lo que era la ciudad, esa Ciudad de México, en donde había tantas cosas bonitas y diferentes de las que había en el campo, especialmente en la pe-

*Cenzontle: *Pájaro americano parecido al mirlo, de canto armonioso.*

queña aldea donde vivían. Secretamente había soñado con ser un torero de los buenos, mejor aún que Luis Procuna o el famoso Manolete, mas sus recursos no se lo permitieron; lo único que podía hacer entonces era convertir en realidad, por unos breves momentos, su sueño dorado.

El sábado por la mañana se preparó muy temprano. Quería mostrarles a sus chiquitines lo que hacía un verdadero torero: los pases peligrosos que se hacen para lidiar un toro. Toda la familia fue al lugar ya dispuesto por el padre. Comieron algunas tortillas** con carne que la madre había preparado, luego el padre se colocó sus mejores calcetines, se afirmó las mangas del pantalón con dos elásticos, se colocó su boina vieja y se puso en pose sosteniendo en las manos su chaqueta descolorida, todo acompañado de narración y ademanes. Con los ruidos y gritos del padre emocionado, un conejito que trataba de escabullirse cruzó frente al padre quien lo tomó por un toro. Los chiquitines se morían de risa; su padre parecía como un gigante tratando de enfrentar a aquel "animal salvaje". Ese fue el mejor día, especialmente para Andrés; se divirtió y se imaginó a sí mismo con el mejor traje y la capa del más famoso torero de México.

**Tortilla: *Pan ázimo que se hace palmeando entre ambas manos una bola de masa, generalmente de maíz, o sujetándola a presión para extenderla en forma circular y cocerla después en el comal. Es base alimenticia de la gente pobre, aun cuando también la consumen por gusto personas de cualquier categoría social.*

La hermana Hernández es originaria de Guatemala y trabaja para el Departamento de Traducciones de la Iglesia.

Un informe sobre los mormones

por John L. Hart

Un sacerdote católico envió a María Estela Villarreal, a quien le faltaba sólo un año de estudio para tomar los hábitos, a investigar sobre los mormones.

Ese encargo, en la forma de una asignación de la clase, dio como resultado que la "Hermana Estela", como se podía haber llamado, se convirtiera en la hermana Villarreal, una misionera regular en la Misión Chile—

Santiago Sur. Entre las personas a quienes ella ha ayudado a convertirse al evangelio se encuentran su padre y sus hermanos.

La joven, nativa de la Isla de Chiloé, una isla alejada de la costa de Chile, explica el motivo por el que el sacerdote le pidió que investigara la Iglesia.

"Yo estaba estudiando en una escuela para monjas. El cura puso en la pizarra una lista de distintas religiones y nos pidió que cada una de nosotras eligiera una y escribiera un informe sobre ésa. Sentí el impulso de elegir la mormona, y pedí permiso para investigar.

Este se me concedió y me fue fácil encontrar a los misioneros caminando por la calle. Ellos se sintieron un poco sorprendidos cuando les dije que tenía que aprender acerca de su iglesia. Pero realmente no escuché lo que me dijeron; sólo quería sacar buenas notas y hacerlo rápido. Después volví e informé a la madre superiora que había encontrado a los misioneros mormones y me habían dado un folle-

to de José Smith para estudiar.

Leí el folleto y traté de recordar los distintos pasajes. Leí lentamente y sentí que algo dentro de mí decía: 'Si José Smith pudo orar, ¿por qué no puedo hacerlo yo?' Y comencé a orar sobre lo que había leído."

Al día siguiente dio su informe sobre los mormones. "Cuando empecé a hablar, las palabras salían de mi boca casi sin darme cuenta, las palabras del folleto. Después de la clase las demás alumnas se reunieron a mi alrededor mientras yo seguía explicándoles. También las monjas escuchaban con atención. Entonces vino el cura, muy disgustado, y me dijo que cortara todo tipo de comunicación con los mormones."

Esa noche ella oró con todas sus fuerzas y tuvo la certeza de que debía salir de la escuela y abandonar sus planes de convertirse en monja. "Sentí que lo que había estado haciendo era un error y que en ese momento tenía que tomar una gran decisión."

Después de concertar una entrevista con la madre superiora, tuvo miedo de comunicarle sus intenciones.

"Había algo dentro de mí que me empujaba a actuar sin miedo. Cuando entré en su oficina, pude darme cuenta de que la madre superiora estaba muy ocupada y que había interrumpido su trabajo.

Cuando le dije que planeaba salir de la escuela, se enojó mucho y me dijo: 'No. No puedes irte; sólo te falta un año más para ser monja'.

Entonces le dije que había encontrado algo muy especial, la Iglesia verdadera. A esto ella replicó: 'Si has encontrado tu verdad, entonces puedes irte. La puerta está abierta. Ve y predica tu religión'. En ese momento pude percibir que sentía que lo que yo estaba diciéndole era la verdad."

La hermana Villareal se fue y nunca volvió a la escuela. Encontró otra vez a los misioneros y fue bautizada. Un año más tarde fue llamada como misionera regular.

"Y aquí estoy", dijo, "feliz y agradecida a nuestro Padre Celestial por esta oportunidad de servirlo."

Mensajeros divinos

por Carlino Ríos Romero

Puede haber en el mundo trabajo más sacrificado que el de un misionero, pero ninguno como éste tan bendecido y fructífero.

Me consta esta afirmación que cada día se está cimentando con las pruebas palpables de la función positiva y bienhechora que desempeñan estos esforzados obreros del Señor.

Mi admiración por la dedicación y el amor que ponen en sus labores no tiene límite.

¿Puede detenerse la obra del Señor? No, porque aquí en la tierra tiene mensajeros dignos y buenos que irradian amor, fe, confianza y un deseo infinito de servir a su prójimo.

Alabado sea nuestro Padre Celestial, porque nos ha dado la dicha de escuchar su mensaje por intermedio de estos hermanos tan especiales.

La estela luminosa que me han dejado se ha ido acrecentando día a día hasta convertirse en una luz que resplandece en mi alma, y produce en mi vida una felicidad que jamás soñé poder alcanzar.

Gracias, queridos amigos, por haberme enseñado este hermoso evan-

gelio, fuente de esperanza y dicha nunca imaginada en mis días de peregrinación sin el conocimiento de la verdad divina que conduce a la vida eterna.

Gracias, queridos amigos, por hacerme partícipe de las múltiples bendiciones y gozo que toda persona obtiene al ser miembro de esta Iglesia y depositaria de la autoridad divina.

Ruego al Señor que las bendiciones y felicidades sobreabunden sobre vosotros.

El hermano Carlino Ríos Romero pertenece al Barrio 3 de la Estaca Asunción, Paraguay.

Cuando decidí asistir

por Miguel Angel García

Estaba durmiendo y había dejado que mis sueños traspasaran los umbrales de la realidad; había estudiado todo el día, y la noche cerró mis párpados casi involuntariamente, pues mis ojos se resistían a permanecer abiertos después de largas horas de lectura y concentración.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que me dormí, pero mi sueño se vio interrumpido por algunas voces lejanas provenientes de la capilla del barrio; el eco tenía una melodía dulce . . . "Te quiero sin cesar, bendito ser, ninguno como tú, paz puede dar . . ."

Esas palabras cantadas al unísono por una congregación ferviente hicieron latir con fuerza mi corazón. A mi mente llegaron entonces en secuencia cronológica los dulces recuerdos de mi bautismo y las reuniones sacramentales donde tantas veces había estado en comunión espiritual con mi Padre Celestial. Recordé las veces que había estado en compañía de mis amigos del barrio y tantas horas de alegría compartidas con mis hermanos de la Iglesia; una lágrima rodó por mis mejillas recordando todo eso, y me pregunté por qué no estaba yo allí, en lo que era tan mío. Realmente buscaba en mí la respuesta y no podía encontrar la causa de mi ausencia; ahora comprendía que las excusas dadas a los misioneros no eran lo suficientemente poderosas, y me parecía ver detrás del púlpito a Jesús que me llamaba con una dulce mirada en sus ojos profundos.

Se hizo tarde en mi meditación, y al mirar por la ventana, vi a los miembros despedirse en la puerta de la capilla; entonces reflexioné: *¿Por qué no puedo yo estar allí?*

Al domingo siguiente hice un esfuerzo por levantarme temprano y muy pronto estuve en el umbral de la capilla. Sin darme cuenta, dos brazos me sujetaron y me dijeron: "¡BIENVENIDO!"

Entonces comprendí que no había motivo suficiente para no estar allí.

P.D.
Esta no es una historia real.

El élder Miguel Angel García está cumpliendo una misión para la Iglesia en la Misión Colombia—Bogotá.

Súplica

Ayúdame Señor . . . sin ti soy nada,
y hay penas que maltratan y atormentan
al alma y a la mente que se enfrentan
al despertar de lucha terminada.

Me elevan tus doctrinas y verdades.
Aborrezco mis fallas y flaquezas,
y tan sólo encontrar quiero las fuerzas
que me aparten de espíritus triviales.

Reconozco un poder fuerte y maligno
que me busca y me acecha sin descanso,
que me invita y tenaz extiende el brazo
para que siga el curso de lo indigno.

Tiendo a subir, y cuando verte creo,
no falta un escalón que falso caiga
para evitar que en mi vasija haya
la belleza que entonces siento y veo.

Debilidad, palabra que destruye
la voluntad, la fuerza, la creencia;
palabra que aborrece la conciencia,
porque entorpece, debilita, influye.

No apartes de mi vida tu mirada
que apoya, eleva y alimenta al alma.
Hazme sentir esa infinita calma
que transforma la noche en alborada.

Para poder vencer la misma muerte,
enséñame a ignorar las tentaciones.
¡Sé Tú mi Luz en negras opresiones,
y de mi sed mortal sé eterna fuente!

Olivia Rojas O.
México

Puesto que en el mes de marzo se celebra el aniversario de la Sociedad de Socorro, queremos honrar a las maestras visitantes que son una parte tan importante de esta Sociedad.

Maestra visitante

por Ismael Sosa Anaya

Tu feliz corazón, sin tú sentirlo
sembrando va de amor, todo el sendero,
entregando sin ver, sin advertir siquiera
porque tu dicha es dar, y el dar sincero.

Y te vemos llegar siempre sonriente
a entregar tu mensaje de ventura,
un remanso de paz a nuestras almas
y a nuestros corazones, la ternura.

Porque tu amor es luz entre tinieblas,
tú llevas alegría, no importa dónde,
ya que sabes muy bien no llegaría
a nadie tu talento, si lo escondes.

Tu tranquilo semblante cuando vemos
y tu desinterés que adivinamos
nos impulsa a querer ser menos malos
y logramos también ser más humanos.

Que te amamos no olvides, Maestra Visitante
eres hermana, novia, esposa, madre;
y de tus llamamientos, el que es más importante:
eres del sacerdocio un gran baluarte.

El hermano Ismael Sosa Anaya pertenece al Barrio I de la Estaca Ciudad Juárez, México

¡Tú, Maestro!

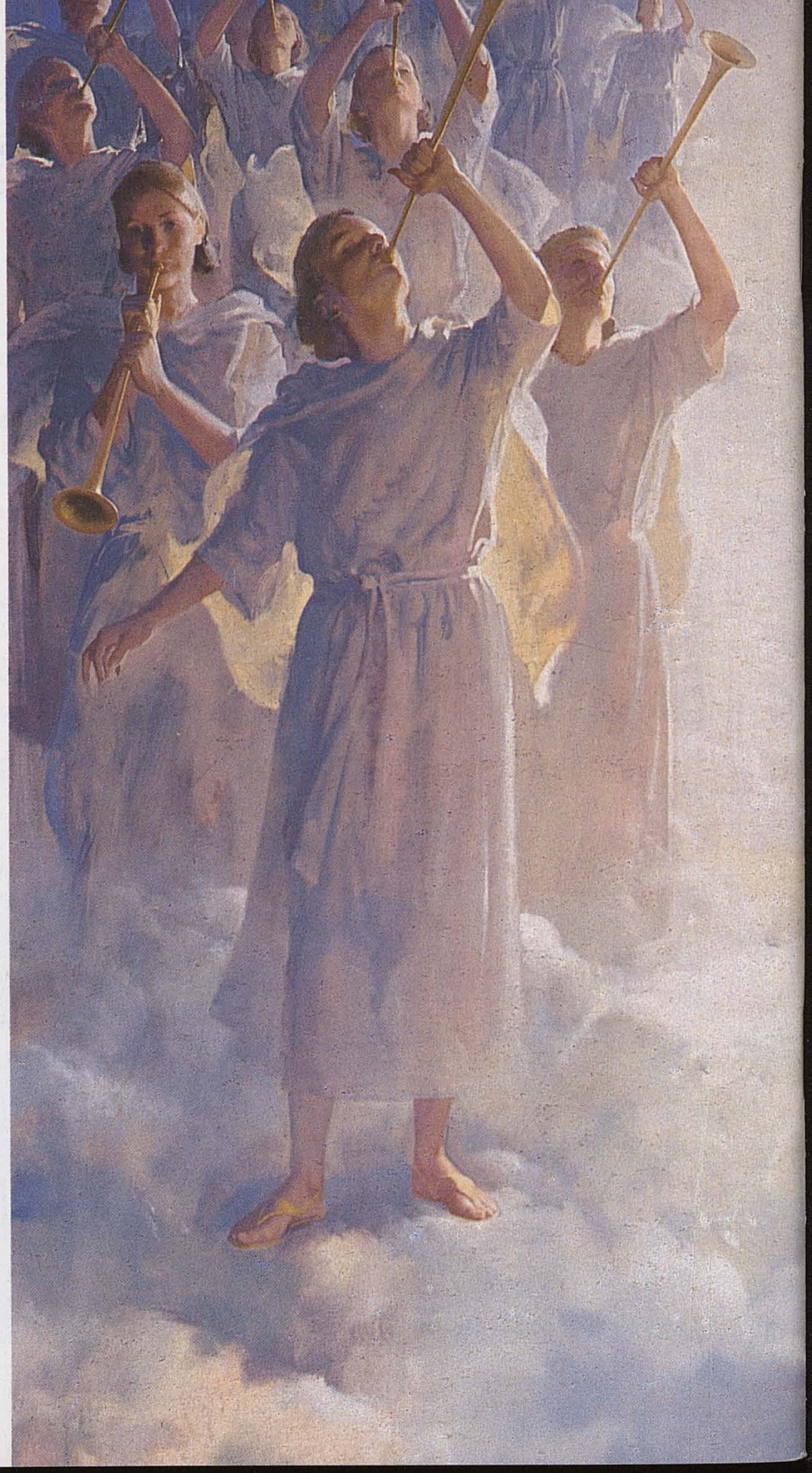
por César A. Guerra

Cuando, angustiado ante un mundo incierto,
no sabía orientar mis pasos,
fui bendecido con la visión sublime
de una sombra piadosa:
¡la sombra del Maestro!

Andando por la senda que El trazara,
fui conociendo la virtud y portento
de aquella vida sin par, salvación de todos,
y vislumbré en mente y corazón
la imagen del Maestro.

Y tras recorrer y ansiar seguir la senda,
avergonzándome mucho ante el Incomparable Ejemplo,
doy gracias, a pesar del lodo en que me afano,
por conocer de cerca
la vida del Maestro.

Sombra Divina que calma al vacilante,
Imagen Pura la del Redentor Eterno,
Vida Sublime: ¡eso eres Tú, Maestro!



"Ha resucitado el Señor . . ."
(Lucas 24:34)